

Treball de fi de grau

Títol

Autor/a

Tutor/a

Departament

Grau

Tipus de TFG

Data

## Full resum del TFG

### Títol del Treball Fi de Grau:

**Català:**

**Castellà:**

**Anglès:**

**Autor/a:**

**Tutor/a:**

**Curs:**

**Grau:**

### Paraules clau (mínim 3)

**Català:**

**Castellà:**

**Anglès:**

### Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

**Català:**

**Castellà:**

**Anglès:**

## Compromís d'obra original\*

L'ESTUDIANT QUE PRESENTA AQUEST TREBALL DECLARA QUE:

1. Aquest treball és original i no està plagiat, en part o totalment
2. Les fonts han estat convenientment citades i referenciades
3. Aquest treball no s'ha presentat prèviament a aquesta Universitat o d'altres

I perquè així consti, afegeix a aquesta plana el seu nom i cognoms i el signa:

**\*Aquest full s'ha d'imprimir i lliurar en mà al tutor abans la presentació oral**

<b>INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA</b>	<b>2</b>
<b>DANDO LA ESPALDA A LA MUERTE</b>	<b>6</b>
<b>DEJANDO UN HUECO PARA LA MUERTE</b>	<b>6</b>
<b>Y SIN EMBARGO, MORIMOS</b>	<b>8</b>
<b>PERDIENDO LA RELIGIÓN</b>	<b>12</b>
<b>MISAS ANALGÉSICAS</b>	<b>17</b>
<b>CERRANDO LAS PERSIANAS</b>	<b>19</b>
<b>CARA A CARA CON LA MORGUE</b>	<b>23</b>
<b>ODINA: AFRONTAR LA MUERTE. HUIR DE LAS CONVENCIONES</b>	<b>23</b>
<b>FUNDACIÓN ARRELS: LOS OLVIDADOS NO EVITAN</b>	<b>29</b>
<b>SONIA FUENTES: BUSCANDO UNA LUNA DE MIEL</b>	<b>32</b>
<b>ANTONIO NAVARRO: MUERTE AJENA Y MUERTE PROPIA</b>	<b>36</b>
<b>NEGOCIANDO CON LA MUERTE</b>	<b>39</b>
<b>VISTIENDO A LA MUERTE CON JOHN LENON</b>	<b>39</b>
<b>MERCADERÍA EN LA FUNERARIA</b>	<b>49</b>
<b>MERCADERÍA EN EL CEMENTERIO</b>	<b>51</b>

## Introducción y metodología

Es curioso ver cómo uno de los dos acontecimientos más trascendentales de nuestras vidas es obviado hasta el punto de caer en el olvido más absoluto. Aquel enigma que pone finitud al tiempo de nuestras vidas y que por lo tanto las dota de sentido es evitado constantemente, y su presencia, su auténtica presencia aparece en ellas solo de forma súbita y puntual. Y parece que nos coge de sorpresa cuando es sin embargo la certeza más segura de nuestra existencia. Se evita la muerte en España, convirtiéndose incluso en un tema tabú.

Se niega incluso a aquellas personas con una edad más avanzada — o a enfermos terminales — hablar de ello, cuando seguramente sea una de sus máximas preocupaciones al verla venir, al sentirla cada vez más cerca. Parece que el aura de consumismo, juventud radiante y felicidad nos impide afrontar de manera natural uno de los procesos por los que tarde o temprano todos tendremos que pasar, siendo nosotros mismos la que la sufra así como nuestros seres queridos.

Luego se utilizan frases tan manidas que acaban quedando vacías de significado. Frases como “aprovecha el tiempo” o “Carpe Diem” que se dicen con ligereza sin que se llegue a creer realmente. La vida luego se convierte en muchas ocasiones en una vorágine de obligaciones que nos impiden en muchos momentos sentarnos a disfrutar de nuestros logros y fracasos. El tiempo es finito, limitado, y hacemos fotocopias de él.

La evitación de la muerte tiene una grandísima variedad de factores. No es el objetivo de este trabajo analizarlos todos ni descubrir de forma categórica a que se debe. De hecho, Norbert Elías, sociólogo alemán, estuvo varios años para escribir “la soledad de los moribundos”, uno de los libros que he utilizado para realizar el trabajo y que trata de analizar la evolución de la interpretación de la muerte desde la edad media hasta la edad moderna. Llevaría muchísimos años, si es que acaso se trata de un tema abarcable, diseccionar la multitud de factores que derivan en esta evitación.

Una evitación que se ha convertido en la motivación del trabajo por lo que apuntaba más arriba, la sorprendente falta de atención que existe sobre la muerte siendo uno de los aspectos más importantes y determinantes de nuestras vidas.

Hay que decir que también existe cierta motivación personal en este trabajo. Acercarse a la muerte, mediante personas que la tengan cerca, puede dejarte experiencias vitales interesantes y que puedan contribuir a tu desarrollo personal, a implementar en ti otras perspectivas de la vida que, por culpa de la propia evitación, sería muy difícil vivir en otras circunstancias. Dejándolo escrito, también tiendo un puente a otras personas que puedan estar interesadas en compartir también estas experiencias, tan lejanas a menudo en los medios de comunicación, cuyo trato de la muerte es en muchas ocasiones banal, morboso y mercantil.

“Que alguien esa luz” es un reportaje narrativo que nos acerca a la muerte a través de varios personajes y escenas, siempre con el telón de fondo de la evitación. Consta de tres bloques divididos en un total de 13 capítulos pseudo-independientes, que caminan juntos en una misma orientación y que permiten darle un sentido global al reportaje. Como he mencionado antes, es imposible diseccionar cada factor que contribuye a la evitación de la muerte, pero en el reportaje se pueden ver reflejados unos cuantos: marginación de la tercera edad, cambios en los valores, estructura social y la noción del individuo con el sistema capitalista, pérdida de la fe cristiana, fe en la ciencia y el más evidente, el miedo a lo desconocido. Casi todos los capítulos están articulados mediante personajes que trabajan alrededor de la muerte. Mediante sus declaraciones, y mediante la información añadida encontrada desde el mundo académico se hace una idea de cómo es esta evitación en España, aprovechando también la perspectiva de estos trabajadores para hacer una especie de contraposición a dicha visión.

En un principio, el reportaje sería construido mediante un hilo discursivo, que sería una persona que estuviera con una enfermedad terminal y con la amenaza de la muerte de forma inminente. Como menciono en el reportaje, este personaje sería Regina. Hubo muchas complicaciones para poder quedar con ella. Primero por los permisos necesarios que había que pedir y luego porque la mujer se encontraba mal con frecuencia por lo que las visitas se iban posponiendo cada día más y más. Cuando apenas quedaban 3 meses para la entrega del TFG y a dos días de quedar con ella por fin por primera vez, Regina falleció, haciendo imposible la estructura del reportaje que tenía imaginada desde un primer momento por falta de tiempo ya que se necesitan muchas entrevistas y mucha información para que la historia de una persona sea el hilo discursivo de un reportaje de 45 páginas. Fue entonces cuando decidí hacer la estructura por piezas y dar la misma importancia a todos los personajes.

El primer bloque es donde más se habla de la evitación. Para ello utilizo las voces de José (enterrador), un sacerdote de misas funerarias, Octavi (Párroco) y Sonia Fuentes (psicooncóloga), más diversos fragmentos de diversos artículos académicos que hablan del tema.

En el segundo bloque se podrá ver como afrontan las personas que han tenido o tienen una experiencia cercana a la muerte en este contexto de evitación mencionado anteriormente. Lo curioso de este bloque es que dos de estas personas trabajan directamente relacionadas con el tema. Una de ellas es Sonia Fuentes (psicooncóloga) y la otra Antonio Navarro (tanatopractor). Además, en este bloque también aparece Odina Endefaque (enferma terminal con cáncer de hígado) y Josep María (Fundación Arrels) que nos explica como en la fundación a la que pertenece puede ver el miedo a la muerte que tienen los 'sintecho' debido a la exposición y el peligro que sienten en la calle.

En el último apartado, el reportaje se centra en el negocio que existe alrededor de la muerte. Aquí se podrá comprobar como la evitación mencionada anteriormente influye también claramente en la proliferación de dichos negocios.

# **QUE ALGUIEN APAGUE LA LUZ**

*Lo que no se quiere ver al final del túnel*



# DANDO LA ESPALDA A LA MUERTE

## Dejando un hueco para la muerte

Son las 9 de la mañana y José lleva tres horas trabajando. Recorre con una furgoneta destartalada los sinuosos caminos que le conducen hasta el punto más alto de la colina. Una vez llega apaga el motor, ahogado del esfuerzo. De la parte trasera de la furgoneta coge un martillo y un cincel. Coge un manojo de llaves y abre la trampilla de cristal. Retira una virgen encerrada en un recipiente ovalado de plástico y una foto de una persona incrustada en un marco. “1954-2002”. José vaciará los restos de alguien que lleva 48 años en uno de los nichos del cementerio de Mont Jüic.

Está en el punto más alto del cementerio y desde donde se puede ver toda la ciudad. José comienza a trabajar y sólo se escucha su martillo chocando contra el cincel, que golpea los laterales de la lápida. El nicho se encuentra en el primer nivel, por lo que prácticamente se tiene que estirar en el suelo para poder trabajar cómodo. Tras cinco minutos de ruidos metálicos consigue abrir la lápida.

Él antes era peletero. “Lo que pasa es que en el negocio se metieron los chinos y fabricaban a muy bajo coste. Entonces tuve que cerrar. Tenía un amigo que trabajaba en el cementerio y un día me dijo: Oye José, ¿por qué no te metes a enterrador?”

Y a José le salieron las canas de la barba en el oficio. Lleva veinte años en la profesión y un contacto con la muerte cada día de su vida. Se ocupa de hacer los vaciados de nichos: llega al nicho de una familia y hace hueco para que se pueda meter el féretro de un pariente recién fallecido y que se va a enterrar ese mismo día.

Una vez abierto el nicho, ve que tiene dos departamentos, uno encima del otro. El féretro irá colocado en el departamento de abajo por lo que tiene que sacar las tres losas que lo ocultan. Comienza entonces a picar la tres losas que los separan. Empieza a picar la más cercana al exterior y una vez termina la saca y la deja apoyada en la pared. Entonces se mete completamente en el nicho, e introduce las piernas en el departamento de abajo, por el hueco que dejó la losa que acaba de extraer.

— Ah mira, este no huele. Hay algunos que sueltan una peste insoportable.

Está pisando la mezcla de madera y restos óseos que hay en el segundo departamento. Continúa picando las dos losas, de modo que ambos departamentos quedan sin ningún tipo de separación entre ambos. Deja el martillo y el cincel en la furgoneta y se sacude las manos. Recuerda la primera vez que vació un nicho. La incertidumbre que lo dominaba, el miedo a lo desconocido. La muerte en la trastienda de la sociedad y él ahí, acostumbrándose a ella, reservándole un pequeño hueco cada día de su vida.

Se vuelve a meter otra vez en el nicho. Los restos de alguien que algún día fue algo están bajo sus botas: botas negras de seguridad que lleva cualquier trabajador que tenga un oficio que implique riesgo. El hueco es reducido. Su posición corporal es antinatural. Él mismo reconoce que en este tipo de oficio “la espalda sufre mucho”.

Empieza a retirar los tablones de madera, carcomidos y putrefactos, de lo que en su día fue un féretro y los vuelve a dejar en la furgoneta. Lo único que aparece intacto es la cruz. Una vez sacada toda la madera, se pueden ver los restos del difunto. Lo único que queda de él son unos cuantos huesos metidos en un bonito pero polvoriento traje. José retira primero el traje. Lo coge junto a los huesos de forma que a la hora de levantarlos se caen algunos. Lo hace con cierta delicadeza porque a pesar de todo, no pierde el respeto que esta actividad merece.

— Mira, creo que eso es el fémur —suelta con naturalidad.

La calavera, superpuesta en el traje, está como carbonizada y José no puede evitar que la parte de la mandíbula se fracture y se desprenda del resto del cráneo en sus propias manos. Los zapatos fue lo único que dejó fuera del nicho. Entonces te viene a la cabeza Bukowski, su alcoholismo y la cutre pensión donde escribió eso de que los muertos quizás no necesiten zapatos, pero sí un lugar para caminar. José sale, no sin antes guardar los restos dentro del nicho y en una bolsa blanca.

José no evita la muerte. Cada día la mete en bolsas sanitarias.

Se vuelve a meter en la furgoneta. Desciende el mismo sendero por el que media hora antes había subido hasta llegar al “vertedero” del cementerio. Toda la madera de los féretros va a parar a un contenedor, donde será reciclada. Los demás deshechos — traje, zapatos y la funda interior del ataúd— son introducidos en otro contenedor sin saber muy bien para qué utilidad.

— Bueno, yo ahora me voy a desayunar. ¿Te vienes?

## **Y sin embargo, morimos**

*"¿Para qué? ¡Es inútil! —Se dijo, con los ojos desmesuradamente abiertos en la profunda oscuridad—. ¡La muerte! ¡Sí, la muerte! Y ellos no lo saben, no quieren saberlo, y no me compadecen. Tocaban (oía, procedente de lejos, a través de los aposentos, el ruido de las canciones y del piano). ¡Lo que me ocurre les es indiferente! ¡Pero morirán como yo!... ¡Necios! Primero yo y ellos después... ¡Pasarán por el mismo trance! ¡Y se divierten! ¡Imbéciles!" (...). "Cayo es verdaderamente mortal, y normalísimo es que muera; pero yo, Vania, Iván Ilich, con todos mis sentimientos y pensamientos, yo... ¡Distinto es el asunto! ¡No es posible que yo deba morir! Esto sería excesivamente terrible."*

*La muerte de Ivan Ilich*

*Leon Tolstoi*

— ¿Yo? Yo no tengo planes a largo plazo... ni sueños... ni quiero viajar... Soy realista, las cosas vienen y se van. Y además los hijos evidentemente me limitan. Lo cierto es que no me he planteado nada después de jubilarme. Lo que sí es seguro que no me quedará quieto — dijo José

— ¿Es posible que tu trabajo te influya a la hora de no tener grandes expectativas, o planes? — pregunté yo

— Puede ser. No me inquieta el futuro. Me inquieta la salud de mi hijo. Y ya está — respondió

En un pequeño pueblo de 43.000 habitantes, en San Feliú de Llobregat, estaba José esperando en la plaza del ayuntamiento. Va enfundado en un traje azul marino, con unos mocasines negros y un periódico debajo del brazo. Lleva un crucifijo y un sobrio anillo en el anular, ambos de oro. Está casado, ha tenido dos hijos, vacía nichos y la vida le ha pateado como un perro, dice él. Anda erguido, como si después de tantas patadas ya no hubiera ninguna verdad que pudiera de verdad arrodillarle. Parece un patriarca gitano. Un charnego de pura cepa. Un nómada que ha vivido en Barcelona,

en el Prat, en Cornellá y actualmente en San Feliú de Llobregat. Su trabajo le ha permitido tener una visión privilegiada de la muerte. Un enfrentamiento directo cada día de su vida que hace que la tenga más presente que el resto de los mortales. Su trabajo enseña que estamos aquí de paso, que cualquier día puedes ir paseando por la calle con tu hijo, sin que jamás hayas tenido ningún problema, ni una fisura, hace viento, te cae una maceta, y adiós...

— La muerte forma parte de la vida. Venimos aquí para morir — dijo José

Ya lo dijo Freud, que tendemos a eliminar la muerte de nuestras vidas. Es evidente que ninguno queremos morirnos, por eso, según el psicólogo, en el inconsciente todos estamos convencidos de nuestra inmortalidad. También lo dijo Castilla del Pino, famoso neurólogo, que conoce esta actitud denegadora de la muerte. El individuo hace todo lo posible por olvidarla, se siente inmortal y expulsa la morgue de la vida social. Nada puede frenar al individuo.

José antes trataba pieles de animales. Se ganaba bien la vida. Por circunstancias familiares empezó a trabajar más pronto de lo que quisiera. Un paso laboral que le hizo tener un sentimiento sindicalista desde los 16 años, lo que le llevaría a frustrar el único sueño que aparentemente ha tenido en su vida: ser abogado laboralista. Ahora ya sólo queda recordar su historia y recontar las espinas clavadas, como la de sus estudios. La vida te absorbe en su vorágine y luego es imposible dejarlo todo para perseguir un sueño.

Empezó a tejer su historia en un taller de la calle Numancia, en Barcelona. En un trabajo a domicilio conoció a su mujer, se casó, tuvo su primer hijo, abrió un negocio, contrató a nueve personas; nueve familias viviendo de los abrigos de piel. Era un trabajo artesanal, de una prolongada formación. Uno se ganaba bien la vida. Hasta que se metieron los chinos. Incansables y extremadamente competitivos. Exactamente un 50% más competitivos. Imposible hacerlo. Echó a uno, a dos, a tres, a cuatro, a los nueve trabajadores. José se arruinó y su esposa entonces le dijo.

— José, tienes 34 años, ¿y ahora qué hacemos?

De entonces ha llovido mucho, ha vaciado miles de nichos, ha nacido su segundo hijo, se ha ido a vivir a San Feliú de Llobregat y la muerte segó la vida de sus padres.

Zas, Zas. Ambos de cáncer. Ambos a los 50 años.

Cuando le pregunto si este tipo de trabajos te puede volver un tipo más frío, José

regresa al hospital de San Joan Despí. Allí estaba su padre, fumador de toda la vida y muriéndose de cáncer de pulmón, sin pelo por la quimioterapia e hinchado como un globo por la cortisona. Allí quizás es donde comprendió que este tipo de trabajos no te hacen de otra pasta. Cuando vacías miles de nichos la muerte sólo te pasa por el lado. Un proceso de cáncer de un ser querido te impacta de lleno. Ver no sólo a su padre, sino a toda la gente que está allí ingresada, esperando algo tan cierto y a la vez enigmático, es lo que de verdad cambia a las personas. Lo mismo sucedió cuando unos años más tarde, con su padre ya fallecido, era su madre la que estaba en ese lugar. Cáncer de colon esta vez. Algo que José se toma como una enseñanza de la vida. Una cruel enseñanza.

José se da un respiro y mira a los niños jugar en la plaza. Da un sorbo al café mientras los observa. Tiene la uña carbonizada de un accidente de trabajo. Da otro sorbo al café, le mira y comienza a contar la historia de su segundo hijo. Coge 20 centímetros de aire con las manos y explica que eso es lo que medía cuando una infección en el líquido amniótico le hizo nacer 24 semanas antes de tiempo. Tras cinco complicados meses de incubadoras, cirugías y transfusiones salió del hospital. Ahora tiene 15 años y solo un 8 % de visión que le recordará para toda la vida esa infección de líquido amniótico. Y tiene a José, que se dio cuenta de la vulnerabilidad del ser humano en el momento que vio nacer a aquella criatura, y no durante veinte años enterrando cadáveres

— Puedes mirar a los demás — hizo un breve silencio mientras con el índice se señala el ojo — pero no ver. Uno mira a una mamá con un hijo con síndrome de down. Lo mira — volvió a hacer el silencio y señalarse el ojo — pero no lo ve. O ves una persona. Lo miras.... Pero no lo ves. Piensas que a ti eso no te va a pasar. Que eres indestructible.

José apoya la espalda en el respaldo de la silla, bebe el último sorbo de su café y vuelve a mirar los niños. Dice sin mirarme que su trabajo sí que le hace ser más consciente de que somos mortales, pero realmente no se lo hace pensar tanto como la historia de su hijo.

Precisamente es 26 de Marzo. “Vuelo sin retorno”, pone La Vanguardia de José. El día anterior un vuelo con 150 pasajeros se estrelló en los Alpes. 48 de ellos catalanes. Ningún superviviente. Y entonces José piensa que en el mundo existen demasiados intereses para al final acabar como acabamos. Todo debería de ser más sencillo, más real, más auténtico. Ha visto miles de cadáveres con cientos de estados distintos de

descomposición. La vida no debería no ser tan complicada.

— Mira esto — dice señalando el periódico— *Flop*. Un día estás, y otro no. Así funciona esto — dice sonriendo.

Con un trabajo como el de José es imposible no sentirte a veces identificado. No ver tu propia muerte en la muerte de los demás. Él mismo reconoce que le da que pensar cuando prepara el nicho de alguien que murió con su edad, o incluso más joven. Entonces cuando está ahí arriba, en el cementerio de Montjuïc, piensa que lleva ya diez años de propina. Siempre se le pasa por la cabeza cuando sucede esto. Le deja un cierto sentimiento de que todo esto en cualquier día puede acabarse.

De repente José pone el gesto más serio. Vuelve a mirar a los niños de la plaza mientras hace una ligera inclinación con la cabeza señalándolos. Porque la cosa se complica cuando lo que tiene que enterrar es un niño. Recuerda cuando una vez vino un hombre llorando con un ataúd que no debía de medir más de un metro en el hombro. Sigue siendo lo que más le cuesta de su trabajo. Está acostumbrado a que las personas que se mueren tengan una cierta edad. Intenta no involucrarse emocionalmente, pero ese día José llega a casa y mira a su hijo de otro modo.

— Un día estás... y otro no — repitió José.

Acabamos de tomar el café. José me da la mano enérgico. Fui a pagar los dos cortados y nos despedimos. Cuando estábamos marchando, me di la vuelta y le pregunté.

— José, se me olvidó preguntártelo. ¿Crees en Dios?

—¿Con todo lo que me ha pasado? — rió— No, no creo en Dios.

## Perdiendo la religión

*Lo cierto es que ahora ya no estás en mi noche  
desgarradoramente idéntica a las otras  
que repetí buscándote, rodeándote.  
Hay solamente un eco irremediable  
de mi voz como niño, esa que no sabía.*

*Ahora que miedo inútil, qué vergüenza  
no tener oración para morder,  
no tener fe para clavar las uñas,  
no tener nada más que la noche,  
saber que Dios se muere, se resbala,  
que Dios retrocede con los brazos cerrados,  
con los labios cerrados, con la niebla,  
como un campanario atrozmente en ruinas  
que desandaré siglos de ceniza.*

*Ausencia de Dios  
Mario Benedetti*

En una mañana de domingo del tres de mayo un par de decenas de personas mayores, rondando los 70, siguen la misa dominical con el sacerdote en la cónica parroquia de San Juan María Vianey, en Sants. Octavi Sánchez es el párroco de la iglesia, tiene 48 años y lleva toda una vida dedicada a la oratoria. Su despacho parece en realidad el de un contable, con multitud de archivadores y hojas sueltas encima de la mesa. Al lado del HP tiene un retrato enmarcado de Juan María Vianey, un hombre de rostro afilado nacido en 1786 — y que da nombre a la parroquia— conocido como el Santo Cura de Ars, una pequeña aldea lleidetana que de entonces tenía 250 habitantes.

Sánchez observa que me fijo en el retrato, lo coge con las manos y me cuenta que tuvo uno de los mejores confesionarios que se han conocido nunca. Al parecer tenía una gran capacidad para sacar los arrepentimientos por los males cometidos por los

confesores.

Octavi tiene la costumbre de rascarse la cabeza cuando habla. Y si no se rasca la cabeza, entonces se frota las manos. Tiene un ligero estrabismo en el ojo izquierdo que apenas se le notaba cuando en 2010 fue al programa de “Ágora” de TV3, a debatir sobre la crisis que está atravesando la iglesia. De entonces achacaba parte de esta crisis por la falta de comunicación por parte de la iglesia, algo que se agrava por los ataques de los medios de comunicación a esta institución, sobre todo en los temas de pederastia. A día de hoy Octavi sigue pensando lo mismo. Hace 50 años, en 1952, se declaraban católicos practicantes el 98% de los españoles. En 1960, el 95%; en 1970, el 87%; en 1975, el 61%; en 1993, el 52% y en 2002, el 18,5%. Según el CIS, sólo un 12 % acude ahora a las misas los domingos y un 62,3 % no lo hace nunca.

Octavi reconoce resignado estas cifras, y él en su parroquia nota la falta de afluencia pero cree que la gente sigue siendo igual de católica que antes. Y lo cierto es que no es sólo la iglesia es la que está perdiendo la fuerza. También Él la está perdiendo. En 1998 un 45,5 % de los españoles creían firmemente que Dios existía. En 2008, diez años después, esta cifra ha descendido hasta el 38,4 %.

Tras contarle estos datos Octavi intentarle quitarle hierro al asunto. Me cuenta que en su parroquia ya están corrigiendo la situación y que el año pasado habían conseguido 28 confirmaciones. Una cifra récord.

Pero Cambridge ha hecho una encuesta –Cambridge Monitor- donde asegura que seis de cada diez jóvenes han dejado de creer en Dios. Todos estos datos demuestran que en España existe una gran pérdida de la fe, algo que inevitablemente también afecta a la visión que tenemos de la muerte.

Octavi lo achaca a la falta de espiritualidad que existe en todo el mundo. La materialidad del mundo en el que vivimos impide que las personas puedan disfrutar de aquello que es más abstracto y etéreo como lo es la fe. Esto también afecta a la muerte. Todo lo que sea inmaterial, como Ella, carece de valor y significado, por lo tanto, la resurrección del alma es algo que ha dejado de importar, menos para los católicos.

— Para nosotros la muerte no es una ruptura importante. De hecho, a raíz de ella, podría decirse que empieza la auténtica plenitud, que comienza la comunión con Dios.



Ama la vida, dice. A su familia, a los feligreses, a la paella del domingo en verano, a la copita de vino que la acompaña, a su parroquia... pero no le da miedo morir. El día que el señor quiera llevarle, él estará preparado para dejarse ir. Su alma no morirá, se irá con Él, sabiendo que ha obrado bien en la vida. Está convencido. Es la resurrección.

Edgar Morín — filósofo y sociólogo francés — apunta en su obra “El hombre y la muerte” que la religión es un fenómeno histórico surgido del desarrollo institucional y mitológico de la magia (...) una adaptación social que expresa la inadaptación humana a la muerte, una inadaptación que encuentra su adaptación”. Entonces Octavi se pone a recordar la historia de una feligresa. Un día llegó a la parroquia y le pidió que diera una extremaunción a su hijo, ateo de toda la vida, que estaba en las últimas por un tumor cerebral que estaba consumiendo su apetito, su capacidad entendimiento y su memoria. Por los síntomas que explicaba el párroco lo más seguro es que el hombre tuviera un tumor en el lóbulo frontal, cuyos síntomas más típicos son pérdida de memoria, deterioro del sentido del olfato, pérdida de visión, cambios de comportamiento; emocionales y cognitivos, y deterioro del juicio.

Entonces llegó a la habitación donde estaba el moribundo. Comenzó a hacer la extremaunción, pero Octavi ya presencié algo extraño nada más comenzar el rito.

— Ese chico no estaba, simplemente no estaba en el mundo.

Siguió Octavi con la extremaunción a una persona que estaba con la cara desencajada y la mirada completamente perdida. Al cabo de un rato, el paciente giró la cabeza y miró al cura extrañado. Entonces se irritó muchísimo. Empezó a insultar a Octavi y a intentar echarle débilmente de su casa, mientras su madre, con lágrimas en los ojos, intentaba serenarle, consciente de que estaba perdiendo la última oportunidad de encontrar la paz en el más allá, algo que desde luego le inquietaba más a ella que al propio enfermo. Al final Octavi tuvo que marcharse antes de acabar. La madre le pidió disculpas y jamás supo nada más de ella. Años más tarde, se enteraría de que estuvo tan avergonzada que jamás volvió a pisar la parroquia. Se lo dijo el marido de la mujer, que se acercó a él para pedir una misa en su nombre: acababa de fallecer.

El alejamiento de la doctrina religiosa es un proceso reciente. Antiguamente —antes de la revolución industrial— según Ernest Becker, “se prometía la inmortalidad a través de la religión, a cambio de un único requisito: cumplir las reglas del sistema y

vivir siguiendo los patrones culturales establecidos por el mismo; criterios a los que los individuos se sometían en última instancia para adquirir un sentimiento de valor primordial, de utilidad”. Es decir, la muerte se convertía en una herramienta de orden social para regular el comportamiento humano.

Y la primera piedra quizás se pusiera después de unos cuantos millones de muertos en “la guerra de los 30 años”, que acabaría provocando una separación entre la iglesia y el estado; una pérdida de influencia en la institución que se vería acentuada en la ilustración y posteriormente en la revolución industrial, con tipos como Nietzsche, donde empezaría a entonar una frase que a día de hoy perdura: Dios ha muerto, y con él, la aceptación de la muerte, convirtiéndola incluso en un tema tabú en la sociedad española.

— Para los creyentes, la muerte es una parte más de la vida, es .... — se rasca la cabeza — una prolongación de la misma. Y ahora bueno, puede que la gente sufra más, de hecho están subiendo los entierros ateos, no sé si es un 6 o 7% de los funerales.

De hecho, Octavi vuelve a estar equivocado. En 2002 había tan sólo un 2 % de entierros laicos. A día de hoy esta cifra ya está superando el 10 %.

En varios estudios lanzados desde la psicología de la religión se aceptan los beneficios de la religiosidad o espiritualidad a la hora de enfrentarse a situaciones estresantes en la vida. En un estudio de los Doctores Darío Paez y la Doctora Elena Zubietta se concluyó mediante una serie de encuestas cualitativas que los sujetos otorgan un sentido al sufrimiento, a la muerte y la pérdida del ser querido fallecido con sus sentimientos de religiosidad, y además de ello, estas oraciones y plegarias podían promover sentimientos y estados positivos de paz, seguridad, calma, compasión, paciencia, esperanza, etc...

Kenneth Pargament —profesor de psicología de la universidad de Maryland experto en religiosidad— destacó tras muchos años estudiando el tema que “las personas se dirigen hacia la religión en busca de ayuda en aquellas situaciones de la vida que son más estresantes. Muchos de los mecanismos religiosos parecen estar diseñados específicamente para ayudar a las personas en sus momentos más difíciles de su vida. Tal vez no sería sorprendente descubrir que la religión es particularmente beneficiosa para momentos de gran dolor”.

Es por ello que la religión juega un importante papel terapéutico a la hora de tratar la muerte, una terapia que se está perdiendo y que preocupa a Octavi.

- La verdad es que no le auguro un buen futuro a la iglesia. Pero bueno. Yo seguiré aquí cada domingo, con mis feligreses, y si Dios quiere, hasta el día que me muera.

## Misas analgésicas

*Asunción nos dice, “me he ido con la brisa suave de una plácida mañana pero no me he ido a la nada. Me he ido porque Dios a través de la muerte me ha llamado para una nueva vida, de la oscuridad ha pasado a la luz, y mi muerte es ahora plena resurrección. (...) ya sé que es el amor en toda su grandeza, ya sé que es la felicidad y la vida auténtica, y desde el silencio más profundo, desde la región de la luz y de la paz os recuerdo a todos y os digo, hasta la vista, y os sigo amando a todos como siempre os he amado.”*

En Rambla Badal haciendo esquina con Mejía Lequerica el frío es el mismo. Al lado del hospital se encuentra el Hospital de la Maternidad. Un edificio modernista que se utilizó como paritorio desde que naciera en 1854.

En una de estas paradojas de la vida, te encuentras que cerca de allí, prácticamente a menos de 500 metros se encuentra el tanatorio de Les Corts. Los dos procesos naturales más importantes y antagónicos de la vida se reúnen en una misma zona, y pensándolo bien, ambos van realmente cogidos de la mano.

Una vez en el tanatorio, se ve un grupo de gente en la entrada. Fumando. La gente se saluda.

- ¡ Hombre! ¿Cómo va todo?
- Bien bien. Hace mucho que no te veo, desde aquella cena, ¿te acuerdas?
- Sí, sí. Jajaja. Claro, claro que me acuerdo.

Se produce un reencuentro social en donde lo menos que se habla es del difunto. Su vestuario ha dejado de ser el típico de un entierro. Pocas excepciones usan el negro para los actos funerarios.

Delante de la entrada hay un pequeño parque que está situado al lado del cementerio de Les Corts. En este pequeño parque hay un columpio donde se balancea una niña de unos 7 u 8 años con un vestido azul cielo. Una mujer, una de las pocas excepciones en la vestimenta, va vestida con una falda y una americana negra. En la cara lleva puesta unas enormes gafas de sol. Estamos a 2 de Febrero y el sol no tiene pinta de que vaya a salir en todo el día. La mujer balancea a la niña una y otra vez. Con desgana. Por compromiso. Lo hace con una sola mano y con la mirada puesta en las personas que hablan de la cena que está a unos 10 metros de ella.

La niña está relajada, excitada, contenta. Más arriba del muro ve la cruz que se yergue en lo más alto de uno de los panteones que lucen el cementerio de Les Corts.

— ¡¡Empújame más fuerte, mamá!! ¡¡Más fuerte!!!”

La madre sigue empujando el columpio con la misma fuerza y la misma desgana que antes. La niña parece feliz porque parece que no acaba de entender muy bien donde está.

Una persona se acerca y parece que le dice algo. Entonces la madre deja de balancear a la niña, la coge de la mano y se funden ambas entre la gente que comienza a entrar al tanatorio. En cinco minutos empezará la misa.

En el oratorio hay tres columnas de bancos. Con los del centro es suficiente para albergar a todas las personas que van a despedirse de Asunción. Entran los músicos por un lateral de la sala y comienzan a tocar el violín. La gente se pone de pie. La música ceremoniosa ahonda más en la tristeza. Algunos miran al frente y otros bajan la cabeza y miran sus zapatos, como intentando hallar una respuesta en ellos. Los tres músicos van vestidos de luto. Ellos sí. Cuando acaban de tocar, guardan los violines a sus espaldas, y esperan con cara solemne las primeras palabras del párroco que dirigirá la ceremonia. Antes de ello, un adolescente de unos quince años sale a recitar una poesía en nombre de su abuela. La poesía es emotiva. Alguna persona comienza a llorar. El chico interrumpe algunos versos tragando saliva y cuando termina se vuelve con la cabeza gacha hacia el asiento. Lo que parece ser su padre, le da una tierna palmada en el hombro. “Bien hecho chico”, debía pensar. Entonces el cura comienza la ceremonia. Son quince minutos de misa que quizá a más de uno reconforte. Escuchándolo parece que eso de morir no es tan grave. Cuando termina, los familiares más directos acompañan el féretro al cementerio, y los demás amigos, esperan fumando un cigarro en el parking exterior, y luego se irán a casa, a volver a la normalidad de sus vidas, pensando en las palabras analgésicas del sacerdote.

*Asunción nos dice, “me he ido con la brisa suave de una placida mañana....*

## Cerrando las persianas

Una mujer está saliendo del quirófano narcotizada de la anestesia. El médico empuja la camilla que le llevará hasta la habitación. Recorren angostos pasillos de hospital. Una asistente social de unos 20 años acompaña al doctor y a la paciente, que parece preocupada.

— ¿Estoy bien doctor?

— Si, mujer. ¡Tranquila!

— ¿De verdad? ¿Ha ido bien?

— Sí mujer, sólo le hemos tenido que amputar un trozo de mama. No pasa nada.

— ¿Qué no pasa nada? ¿Qué no pasa nada? ¿Pero quién eres tú para decirle eso a una paciente con cáncer de mama, que le acabáis de arrancar medio pecho, y luego encima recalcar que no pasa nada? Fue en ese momento cuando supe que quería ser psiconcóloga — relata Sonia Fuentes en su despacho — Claro, me di cuenta de que allí había un problema importantísimo de comunicación. Aquello me dejó traumatizada.

Esa enfermera de 20 años que seguía al doctor era Sonia Fuentes, convertida ahora en jefa de psiconcología del ICO de Badalona. Una mujer que comenzó sus estudios en Gerona, y trabajó de asistente en un hospital, hecho que acabaría sin duda perfilando su futuro. Ahora trabaja para gestionar la comunicación en una de las peores noticias que se pueden dar en la actualidad. “Es cáncer”. Según el SEOM (Sociedad Española de Oncología Médica), 215.000 personas en España tienen esta enfermedad según. Y la tendencia va en aumento.

Comenzó a trabajar en el 93. Una vez Sonia estaba en su despacho, y un matrimonio acudió a una de sus terapias. La mujer se sentó en la silla y el marido se colocó de pie detrás de ella. Mientras hablaba con la paciente observaba como el marido le hacía señas por detrás. Movía las manos negando, como cuando alguien pide auxilio a lo lejos, como diciendo “cuidado con lo que vas a decir”. La mujer no sabía el diagnóstico. Una situación surrealista teniendo en cuenta que un cartel en la entrada lo dejaba claro. Era la planta de Oncología. Sonia se pone las manos en la cabeza y dice:

—¿Pero dónde se pensaría que estaba esa mujer?.

La evitación de la muerte se manifiesta en muchos casos cuando nos exponemos a ella. Esa aparente invulnerabilidad se rompe cuando un diagnóstico hace que se

enfrente con ella cara a cara. Antiguamente, la muerte era el mejor regulador social. La mejor de las herramientas para regular la conducta en sociedad del ser humano, pues las acciones que hacemos en vida repercutirán en la eternidad. Con el capitalismo esto ha cambiado. La valorización del yo y su individualización, no permite afrontar la muerte como un proceso natural. Si hay algo seguro es la muerte, que algún día esto se acaba, dice Sonia. Algunos de los pacientes que Sonia se ha encontrado a lo largo de su carrera profesional eran la primera vez que reflexionaban seriamente que la muerte existía. Una reflexión obvia y necesaria que según la doctora no se está haciendo.

Algunos cierran los ojos. Los cierran de verdad. Están en una camilla de un planta de cuidados paliativos, sabiendo que van a morir, y cierran los ojos, como si fueran persianas que pudieran evitar todo lo que les está rodeando. Sonia hace poco que fue a ver a Isidro, ingresado por un cáncer de páncreas.

—¿Es que no me quieres ver Isidro? — dice Sonia al ver a Isidro con los ojos cerrados

—No, no es eso — dice el Isidro

—¿Entonces que pasa, Isidro? ¿Qué ocurre? — Sonia con la mano le está tocando el hombro izquierdo.

— No quiero saber, no quiero saber que me pasa. No quiero saber nada — dice Isidro aún con los ojos cerrados.

Cada uno afronta el proceso de morirse como puede. Y muchos lo afrontan sin querer saber nada. Tienen derecho a ello también. De hecho, el artículo 9 del capítulo II de la ley 41/2002 del 14 de Noviembre, sobre “Los derechos de los pacientes” afirma que *cuando el paciente manifieste expresamente su deseo de no ser informado, se respetará su voluntad haciendo constar su renuncia documentalmente, sin perjuicio de la obtención de su consentimiento previo para la intervención.*

No es extraño que se niegue la muerte. La presión de los ‘mass media’ es bestial. Sonia pone de ejemplo los anuncios de estética. Siempre has de estar divino, sin arrugas de expresión, con un tipo perfecto. Al final, lo que ocurre, es no se acepte la vejez, y sobre todo el deterioro que conlleva. Y la consecuencia más directa es que al final parezca que el ocaso, el declive de la vida, la muerte, no exista.

No sólo ocurre esto. El frenetismo de nuestras vidas, estrechamente ligado a la productividad de las mismas, hace que seamos incapaces de pararnos a reflexionar

sobre lo que estamos haciendo. En la cultura del ‘hacer’, y del hacerlo rápido, casi de forma robótica, no encaja la pausa, la reflexión, la muerte.

—¿Y sabes de quién es la culpa? — se espera unos segundo en silencio— te lo digo, del NE-O-LI-BE-RA-LIS-MO.

Ángel Basterra, médico cirujano que también ha tratado el tema del tabú de la muerte en España, coincide en que las sociedades en las que priman los valores materialistas, consumistas, hedonistas, narcisistas, permisivos, de relativismo moral y cultura del instante exigen, a la vez que refuerzan, la eliminación social de la muerte, ya que no hay nada que distorsione e impida más el hedonismo y el consumo de masas por parte de unas individualidades narcisificadas que la presencia de la misma.

Un paciente recién informado de cáncer tarda en aterrizar, dice Sonia. Pueden pasar una, dos, tres semanas hasta que el paciente asimila lo que está pasando. “Esto no me puede estar pasando a mí”. El tratamiento va más rápido que la mente. Muchos pacientes ni siquiera han interiorizado que tienen cáncer y comienzan de forma inminente un tratamiento que en la mayoría de los casos les va a dejar hechos polvo.

Entonces un paciente que se lleva sintiendo invulnerable la mayor parte de su vida, que no tiene asimilado el enfrentamiento con la muerte a raíz de su cáncer, aparece de repente en una clínica de tratamiento.

— Buenos días.

— Buenos días — responde la gente.

Se sienta y comienza a observar a su alrededor. Un entorno que le hace “de espejo”. Entonces puede ver que a su lado está sentada una persona totalmente chupada por el cáncer. En otro lado puede ver a otra persona sin pelo, o a otra que debajo de la chaqueta lleva una bolsa conectada al intestino para poder defecar, o a una persona con una traqueotomía, u otra demasiado joven como para no pensar lo injusto que es que esa persona este ahí. “Esto soy yo”, piensa.

— Y entonces es cuando aterriza — dice Fuentes.

El síntoma mas frecuente cuando un paciente descubre que tiene cáncer es la depresión. Suele surgir después de un tiempo, pero casi un 50% precisa atención psicológica. Eso sí, Sonia quiere recalcar, y me insta a que acabe reflejado en el



trabajo que no toda la gente que tiene un cáncer necesita ir al psicólogo. Hay gente que tiene sus propios recursos para gestionarlo de forma correcta y ellos mismos hacen uso de ellos sin necesidad de pasar por el psicólogo. Hay otros que sí lo necesitan. Las personas no quieren estar enfermas, ni parar su vida... No es nada fácil convivir con un cáncer... Y hay gente que quiere información y otra que no.

Cuando le pregunto si no sería más fácil para el paciente tener información, Sonia me mira extrañada. Me intento explicar mejor y le pregunto si no daría más tranquilidad y positividad saber lo que te pasa —y saber como afrontarlo— que vivir en la incertidumbre. Sonia me sigue mirando con cara extrañada, haciéndome saber que no tengo ni puñetera idea.

Y para ilustrarlo me cuenta otro pequeño caso.

Una chica de treinta y pocos años espera un niño con felicidad. Le compran la habitación, la cuna, unas sábanas para la cuna, el carricoche, una funda para el carricoche, pañales desechables, toallas, almohadas y cojines para recién nacidos. El niño nace, pasa por la incubadora, le llevan a casa y la madre... sigue hospitalizada, abatida, porque un mes antes de que naciera el niño le diagnostican un cáncer de mama. Y esa persona, en un momento pletórico, de plenitud de su vida, está totalmente enfrentada a la muerte. No debería estar allí... debería estar en casa... dando la teta a su nene... no a unos médicos que le están haciendo de todo en el pecho

— Dile a esa chica que sea positiva, es que es para darte una torta.

Lo mas coherente es deprimirse. Fuentes relata que culturalmente no sabemos sostener las emociones, y los familiares, amigos, seres queridos, pretenden a toda costa evitarlas para sobreproteger a la persona. Pone el caso de cuando alguien se divorcia. No tarda en salir el típico amigo que intenta animarte diciendo que el tiempo lo cura todo, que hay muchos hombres o mujeres en el mar, que se apunte a un gimnasio, que salga de fiesta; como si la tristeza fuera un lastre que hay que soltar por todos lo medios posibles. Necesitamos tristeza. Y la tristeza no se tolera.

Volveremos con Sonia más tarde, porque puede aportar algo más a esta historia. Historias de personas que evitan y olvidan, pero que en un momento dado de su existencia, se ven obligados a encender la luz que hay más acá del túnel.

## CARA A CARA CON LA MORGUE

*El ser humano en cuanto que vive, todavía no ha muerto, pero ya es mortal: no sólo muere en un momento dado, sino que sabe siempre que es mortal. Mortal no es el que muere, sino quien ve venir la muerte... incesantemente. Hasta el punto de que podríamos definir la muerte humana como el momento en que por fin dejamos de vernos morir". Es por ello por lo que el segundo de los interrogantes sí que tiene respuestas. El ser humano sabe "qué es estar muriendo" y al enfrentarse a ese morir construye la muerte. La vida que consumimos para esto, para acercarnos a la muerte, la consumimos para esto, para huir de ella.*

La vida eterna  
Fernando Savater

### **Odina: Afrontar la muerte. Huir de las convenciones**

Recibí la noticia en el aeropuerto de Praga. Era lunes y el martes tenía una visita con Regina. Minutos antes de subir al avión recibo un mensaje de Whatsapp de Cristina Llagostera. "Hola Santi. Me temo que no vas a poder quedar este martes con Regina. Se llevaba encontrando mal durante todo el fin de semana. Ha fallecido ayer. Es una pena, le hacía ilusión que escribieras sobre ella".

Regina tenía una enfermedad terminal que le había postrado en una cama durante un año y medio. Una enfermedad genética que ya había terminado con la vida de sus dos hermanos mayores, y que estaba terminando con la suya, sin ningún tipo de esperanza. Estaba escribiendo un libro sobre su enfermedad y su propia muerte. No se podía mover por lo que una asistente social iba transcribiendo todo lo que Regina le decía. No llegó a tiempo para terminarlo. Fue una persona más de las 11 que se mueren cada hora en España por culpa de un cáncer.

Un día Cristina Llagostera me citó en su despacho para intentar presentarme a otra persona. En la sala de espera un hombre de unos 40 años cogía la mano de su mujer mientras sollozaba. "Tienes que ser fuerte, ¿vale cariño?, no queda otra, yo voy a estar aquí contigo", le susurraba la mujer. Todo aquello me pareció muy frívolo por mi parte así que fui a esperar al pasillo. Una vez allí Cristina salió de su despacho y me

hizo entrar.

— Bueno, Santiago. Creo que tengo una mujer que puede servirte de ayuda. Es una persona que es la tercera vez que recae de su enfermedad y ésta última parece definitiva. Lleva con ella mucho tiempo, y bueno, ya lo verás, habla de ello perfectamente. Tiene un afrontamiento de la muerte que es poco común.

De hecho Odina pertenece a una minoría. Una minoría que según Sherwan Nuland, cirujano y escritor, escapa del estrés y de la frustración ya que según él la negación de la muerte genera expectativas muy angustiosas cuando las barreras médicas de control ya no sirven y su llegada no se puede postergar más, aunque todavía quede un tiempo tasado, que hay que vivirlo. Esto produce que los individuos de las sociedades modernas “mueran mal”, y en soledad.

Odina está haciendo la terapia de la dignidad, una terapia acuñada por el Dr. Harvey Max Chochinov, profesor de psiquiatría en la Universidad de Manitoba en Canadá. Es una terapia diseñada para aliviar el estrés y el sufrimiento ocasionado por la experiencia del final de la vida y que consta en documentar todo aquello de lo que se desee dejar constancia. Es un testimonio de vida más que de muerte.

Odina Enfedaque, nacida un 14 de Septiembre de 1956 en Mataró, hija de un acérrimo comunista. Divorciada hace cuatro años, madre de Sara y de Natalia, hermana de Olga, de Katia y de otro hermano que murió a los 20 años por un derrame cerebral. Trabajó primero vendiendo muebles en Feblén y después vendiendo productos de cosmética. Es independentista y votará por ello el 27 de Septiembre de este mismo año, eso si el cáncer de hígado “me lo permite”. Un cáncer que lleva paralizando su vida desde hace 20 años. O no.

Odina Enfedaque, de 58 años. Paseaba con su hija Sara, que actualmente tiene 22. Paseaba con su marido, que ahora mismo la dejó hace 4. Paseaba con un fular azul marino con lunares blancos en la cabeza. Muchas personas del barrio que antes la saludaban cruzaban de calle, o miraban un escaparate para fingir no haberla visto, o fingían tener prisa para no pararse a hablar con ella. Otras, desconocidas, la miraban. Un señora mayor venía caminando de frente. Miraba a Odina primero, y luego miraba a Natalia, volvía a mirar a Odina y luego volvía a mirar a Sara. “Ramón, cógeme porque le acabaré diciendo cuatro cosas a la señora esa”. Y Ramón la cogía. Y Ramon le dejó de coger 4 años después, cuando la dejó.

— Ay... el cabrón ese... — ríe Odina mirando al techo.

Llegamos a las 12 de la mañana. Picamos a la puerta y un perro ladraba agudamente. Oímos a Odina chistar al perro y encerrarlo en una habitación de la casa. Odina abrió la puerta y Cristina le saludó efusivamente.

— ¡Aquí estamooooooooossss Odinaaaaaaa!

— Holaaaaa Cristinaaaaaa.

— ¿Qué tal estás guapaaaa?

Tenían ambas cierta tendencia a alargar las vocales finales.

— Bieeeeeeen.

De repente ambos tonos volvieron a la normalidad.

— Mira Odina, este es Santiago.

Odina parecía haber sido una mujer guapa. Tenía el pelo corto, al dos o al tres, y estaba inflada como un melocotón por la cortisona. En el pasillo había fotos colgadas en cuadros por todas partes. Accedimos al salón, con dos sofás colocados perpendicularmente y una mesa. Cristina empezó a colocar el trípode mientras le preguntaba a Odina cómo se encontraba. Comenzó a hablar de su infección de estómago, porque el *gremblin* — así lo llama — lo tiene en el hígado, pero le afecta también a otras zonas del cuerpo. Odina se podría comer 3 jabalíes por el hambre que le despierta la cortisona y se ha pasado toda la semana comiendo verdura a cuentagotas. Cristina asiente con la cabeza hasta que decide cambiar de tema.

— ¡Te veo muy guapa Odina!

— Hombre claro, no todos los días se sale en la tele — dijo ella riendo

Odina se había maquillado para el vídeo que iba a preparar Cristina, que le serviría posteriormente para dar clases formativas a sus alumnos. Iba con colorete, con los labios disimuladamente pintados y con una sombra de ojos verde, a juego con la camisa que llevaba. Odina siguió hablando de la comida mientras Cristina se peleaba con el trípode.

Para que el intestino procese bien los alimentos que le llega, tiene prohibidas ciertas comidas, como bollería industrial o las que son altas en grasa o azúcar. Sólo puede comer carne una vez a la semana, y le encanta. Natalia, la pequeña, le controla. Una vez Natalia marchó de casa. Odina aprovechó para bajar al ‘paqui’ y arrasar con la mitad de las guarrerías del comercio. Llegó a casa, puso todas las chuches colocadas encima de la mesa, se sentó sigilosamente y cuando estaba dispuesta a comérselos apareció su Natalia. Se había olvidado alguna cosa y le pilló infraganti. Odina miró a Natalia inocentemente con la sonrisa de lado y arqueando las cejas, suplicando comprensión. ¿Pero Mamá, qué haces? — preguntó riendo.

Cristina por fin pudo colocar la cámara. El vídeo consistía en que Odina explicara su visión de la ‘terapia de la dignidad’, algo que utilizaría para formar a futuros psicooncólogos. Odina se colocó en el sofá, Cristina apretó Rec y le preguntó que era lo que suponía para ella ese legado.

— Pues... a ver... creo que el consuelo de que mis hijas vean que las quiero, que pienso en ellas. Considero que he sido una persona muy feliz. No quiero que esto cambie mi carácter ni mi forma de ser. No quiero ser ni rencorosa ni estar amargada. Quiero que esto —el gremblin— sea algo ligero y fácil de llevar....

Días más tarde aparecí en el consultorio de Cristina y con el testimonio de Odina entre las manos. Es un testimonio donde repasa los momentos más felices de su vida. Cada página viene decorada por tres o cuatro fotos de familiares y seres queridos.

En una de las fotografías aparece Odina encima de un Kayak. Antigüamente, en Groenlandia, los héroes eran homenajeados así. Se ponían todos los familiares alrededor del Kayak, con el héroe encima. Lo cogían y lo llevaban a hombros hasta el agua, donde lo dejaban flotar, con la persona dentro, satisfecha de sus logros. El suyo fue recuperarse de su cáncer. Pero el cáncer volvió años más tarde.

— Hay que encarar la vida con valentía. La vida es muy bonita. — dice Odina

— ¿Estás en armonía contigo misma? — pregunto yo.

— Sí. Creo que lo estoy. Tengo miedo muchas veces, eso es evidente — afirma con la cabeza. — Creo que he cumplido con mi cometido. Tengo sensación de paz. Cuesta llegar hasta este punto, porque joder... es que es la tercera vez que recaigo... pero lo acabas aceptando. Es tu naturaleza. Tu destino. Cuando llegue la muerte y me diga, “tú”, y me señale, pues ya está, no pasa nada. Quiero estar relajada con el

convencimiento de que ya he hecho mi trabajo aquí, querría estar treinta años mas, pero....

Porque pese a todo a Odina le gusta disfrutar de las pequeñas cosas de las que antes no disfrutaba. Señala al sol a través de su ventana y dice. “¿No es maravilloso?”. Se ha vuelto más sensible con todo lo que le rodea. Hace poco encendía la televisión y veía el accidente de Germanwings y lloraba por cada uno de ellos, por cada uno de los familiares de las 150 personas que fallecieron en el avión. Se siente más conectada al mundo y a su entorno, y eso le fascina.

Recuerda a una compañera de habitación cuando estaba ingresada en el hospital. Arisca cada hora de cada día de la semana, dejando que el rencor por sufrir una enfermedad que ataca sin ningún tipo de criterio le gobernara. Odina en ese momento no llegó a saber como quería gestionar su propia muerte, pero al menos sí que aprendió cómo no quería hacerlo. No quería dejarse embargar por la rabia, ni que la constante presencia del sufrimiento, de la muerte, cambiara su forma de ser.

Pero el cinco de enero tuvo un gran ataque de ira. Mientras el desfile iba sucediendo Odina pensaba que quizás ésa fuera la última vez que pudiera disfrutar del colorido de la cabalgata de reyes. Se fue a su casa en mitad del acto, pensó en su marido, cogió el cojín y lo golpeó hasta deshilarlo. La separación fue dura, dice.

Si le preguntas a Odina si preferiría una enfermedad que no avisara, que no le recordara cada día que su vida es finita, Odina no sabrá responderte. Se quedará en silencio pensativa, mirando al techo, y te dirá que realmente no le importa. Se ha vuelto pragmática; en su forma de ver la vida y en la forma de relacionarse con las personas que encuentra en ella.

Entonces Rosa sale en la conversación. Rosa es su prima, que llora cada vez que ve a Odina. Lloro como una magdalena, dice. Llega a su casa, se sienta junto a ella y le coge de la mano mientras Odina aguanta estoica, pensando en cuando narices esa señora le pretenderá devolver la mano. Y Odina entonces intenta levantarle el ánimo asegurándole que no pasa nada, que todo irá bien. Ahora pocas son las veces que decide abrirle la puerta de casa. Finge no estar, o si le dice que está se ‘aprovecha’ de su enfermedad para decirle que no tiene ánimos de ver a nadie. Ésta es la lección más importante que ha aprendido después de ser consciente de que su tiempo es limitado.

Odina ahora huye de los convencionalismos. Es feliz. La mejor lección que extrajo del cáncer es que no merece la pena perder el tiempo por algo que no quieres hacer. Si

algo quieres hacerlo, lo haces, si no, no. La enfermedad le ha hecho creer que está en todo su derecho de hacer lo que quiera con su tiempo, y lo está.

Son las 14 de la tarde. Odina nos dice que se acabó la conversación. Que se va a hacer la comida. Se frota las manos, nos mira ilusionada y nos dice:

— ¡Hoy me toca filete!

## Fundación Arrels: Los olvidados no evitan

*¡Clap, Clap, Clap!*

Este es el único sonido que desgarrar la calma matutina en el cementerio de Montjuic. Se trata del ruido que reproduce una paleta al chocar con el cemento que sellará ese nicho. Josep Maria Angeras observa como, en cuestión de minutos, el enterrador llega montado en una furgoneta blanca y acompañado del ataúd más barato, lo mete en el agujero, arranca el motor y se va. Él trabaja en Fundació Arrels, quienes tratan de dignificar la vida de los que viven en las esquinas de Barcelona. Coordina *La Barca de Caronte*, un proyecto que la fundación puso en marcha con la voluntad de acompañar a las personas sin hogar en el momento de su muerte.

— La pobreza es fea, huele mal, insulta a veces... En nuestra sociedad no queremos ver lo que no nos gusta. Y eso incluye a la muerte. — dice

Son las ocho de la mañana y Josep María es el único que está plantado frente ese nicho sin lápida ni nombre. Aunque sean muy colegas —explica—, la gente que vive en la calle va muy poco a los entierros. La muerte les da mucho miedo. Rehúsan cualquier contacto con ella. Y por eso Josep María, en cada entierro, se despide por todos ellos.

— Sabíamos de personas que se habían enterrado completamente solas. Te imaginas eso sin nadie y te dices... bueno... ¿y ese pobre hombre o esa pobre mujer?... y luego te dicen: “bueno, la persona no se entera”. Bueno, el problema no es que se entere o no, es una cuestión de dar dignidad a ese último momento. — dice Josep María.

Los usuarios de Arrels —unos mil, de los tres mil que viven en las calles en Barcelona— son invisibles a los ojos de muchos. Lo son durante su vida; pero también en el momento de su muerte. Porque en esa cadena de consumo tanática ellos tampoco ellos tienen un lugar.

Si no tienen familia o ésta no se quiere hacer cargo, su entierro será costado por el Ayuntamiento de Barcelona y su féretro por Serveis Funeraris-Grupo Mémora o Altima, las dos principales empresas de servicios funerarios que operan en Barcelona. A esos cuerpos no se les alaba en una misa, ni se les llora en un tanatorio. Van del depósito a los departamentos más altos del cementerio de Montjuic: quintos, sextos y



séptimos que, en general, son los más difíciles de vender. En su nicho sólo consta un número que pasados cinco años será de otro. Ese es el tiempo que se tarda en trasladarlos al osario común: una especie de habitación donde los huesos amontonados son ya imposibles de identificar.

A estos entierros se les llama *de beneficencia*. También se acogen a esa modalidad las familias sin recursos, siempre que así lo corrobore un informe del trabajador social que opera en cada distrito de la ciudad. Fueron 308 casos en 2014, un 45% más que el año anterior, y casi el doble que tres años atrás, contando los 184 que se registraron en 2009; según datos de Cementiris de Barcelona.

— Para mí la soledad es el gran mal de la pobreza y de la gente que está en la calle. Están muy solos. Y no porque quieran, como mucha gente cree, sino porque están totalmente apartados. Nosotros los acompañamos hasta el último momento. Simplemente se trata de que haya un recuerdo de la persona... A mi me da la impresión de que cuando uno muere solo, nadie se acuerda de ti, y entonces lo único que nos queda cuando nos morimos es el recuerdo. Y bueno, un recuerdo es que alguien esté contigo mirando como ponen la caja.

Y es que las personas que viven en las aceras de Barcelona temen mucho más la muerte que quizá una persona normal. La desprotección de vivir en la calle, más el abusivo consumo de tabaco y alcohol, hace que muchos piensen que esa será la última noche que duerman a la intemperie porque quizá a la mañana siguiente no se despierten. Además, todos los compañeros que convivieron con ellos en la calle y que ya han fallecido les sirve de espejo. Inevitablemente si un compañero de banco muere, ellos se imaginan su muerte también. Josep María Angueras dice que muchos han tenido que ver a su amigo, con el que llevan compartiendo penurias muchos años, no levantarse al día siguiente. Y ellos son los que se encargan de llamar a una ambulancia, los que esperan a que llegue y los que ven como unos operarios se llevan a su amigo para siempre.

Una vez al año se reúnen todos —trabajadores, voluntarios, usuarios— para recordar a los que murieron. El local de la fundación, situado en el barrio barcelonés del Raval, se llena hasta los topes de gente, anécdotas e historias de los que pisaron aquel suelo. Además, en la entrada del edificio de Arrels cuelga todo el año un tablón donde se muestran los recordatorios de los últimos fallecidos. Hoy se ven dos. Debajo de la imagen de uno de ellos se lee: “espero que alguien me cuide cuando muera, cuando me vaya...”.

Sales de Arrels y coges el metro, directo al cementerio de Santa Coloma de Gramanet, a recorrer otro de esos sitios donde la desigualdad es la marca de identidad y no puedes evitar que ese *Hope there's someone* de los *Anthony and the Jonhsons* sea la melodía del trayecto.

## **Sonia Fuentes: buscando una luna de miel**

El 21 de Julio de 1993, un hombre miraba la televisión preocupado. A unos 8.500 kilómetros de allí, el ex mayor del Ejército Popular Sandinista, Víctor Manuel Gallegos, también conocido como Pedrito el Hondureño, llegaba a Estelí con 150 hombres armados hasta los dientes y con la intención de tomar la ciudad. El hombre se quedó pensativo. Cuando pudo reaccionar, se levantó apresuradamente del sofá y llamó a su hija.

— Sonia, ¿Has visto lo de Estelí?

Sonia lo había visto. Intentó restarle importancia al asunto pero su padre intentó hacerle recuperar sus cabales. Fue tajante. Le hizo saber que no aceptaba el viaje. Que no quería sentirse responsable si regresaba metida en una caja de pino.

— No te preocupes papá.

Y al día siguiente Sonia Fuentes apareció con su mochila en Condega, dispuesta a hacer una labor humanitaria en un pueblo contiguo a Estelí, viendo las balas en las paredes que había dejado la insurrección el día anterior en esa pequeña ciudad al noroeste de Nicaragua.

Sonia Fuentes, psicooncóloga en el Hospital Ramón Tries i Pujol de Badalona, nunca tuvo parecer demasiado miedo. En los años 80, se fue a estudiar ella sola con 18 años a Gerona. Ya a los veinte tenía su sueldo, estaba emancipada y lidiaba cada día como auxiliar de enfermera con los pacientes que estaban en la planta de oncología. Empezó a ver el cáncer pronto, a observar los duros daños colaterales de los tratamientos de quimioterapia, — mucho más invasivos que en la actualidad— en las personas: que vomitaban, desfallecían, y perdían su pelo en las almohadas en viejos hospitales franquistas con cuatro o cinco enfermos por habitación.

Madre de Aleix, de 18 años, y separada hace 17.

A una mujer tenaz y constante como ella le dará igual tener un marido o no a su lado para tener otro hijo. Y ella sola decidió adoptar a Marcela.

Se fueron ella y Aleix a Colombia, a buscar a una niña abandonada con la que empezaría una nueva vida en su regreso a España. Un regreso que no se produciría a las tres semanas, como estaba previsto, sino a los 3 meses. El presupuesto se

acababa. Pidió dinero a su padre, a su madre, a sus amigos. A todo el mundo. Pero Sonia volvió a España con una bonita niña colombiana de 8 años cogida de la mano.

— ¿Esto es la luna? — preguntaba Marcela

— No, Marcela, esto es el sol — respondía Sonia

La pequeña Marcela no sabía diferenciar la noche del día. Era una niña de ocho años, — de los cuales ninguno los paso en la escuela — con un abandono prematuro y con unas limitaciones de aprendizaje de por vida. Cuando una madre va a adoptar es consciente de que el niño vendrá con problemas, pero sigue creyendo en una fantasía, en un beso antes de irse a la cama, en una luna de miel. Pero Marcela no necesitaba besos para irse a la cama y no diferenciaba la luna del sol.

Marcela es una superviviente, una niña de la calle necesitada de la ayuda de una mujer independiente y luchadora como es Sonia. Pero Sonia, tres meses después de la adopción asistió a una mamografía y recibió un golpe que la dejó aturdida.

— ¿Cómo que una mancha? — preguntó asustada.

Sus propios compañeros de trabajo le dijeron que no sería nada. Harían una biopsia para estar más seguros. Se la hicieron. Era cáncer. Sonia Fuentes tenía un tumor en el pecho. Y a Marcela, que no necesitaba besos para irse a la cama y no diferenciaba la luna del sol.

Un palo tremendo. Un golpe en las rodillas cuando no puedes flaquear. Para una mujer como ella sería algo complicado. Le operaron dos veces seguidas, le tuvieron que quitar un trozo de pecho. Cogió la baja en el hospital porque en ese estado no podía ejercer, tuvo que hacer radioterapia, y luego llegar a casa, cansada, y cuidar y educar a Marcela, con unas dificultades que quizás le superaran. Pero la vida, aparte de dar palos, también sabe dar regalos. Sonia fue un día a buscar a su hija al colegio como de costumbre y conoció al que es ahora el hombre de su vida.

— “¿Estás seguro de que me quieres seguir?” Le pregunté. Y lleva desde entonces siguiéndome — afirma feliz Sonia. Manel es un soporte impresionante. Nos ayudamos uno a otro. Es increíble habernos conocido. Llevábamos mucho tiempo buscándonos.

Entonces Sonia se apoyó en él. Y empezó a temer la muerte. Necesitaba por lo menos 7 u 8 años más, para Marcela. Empezó a sentir la necesidad de tener apoyo. Su terapeuta le puso de “deberes” que no volviera más sola a las sesiones de radioterapia

a las que tenía que acudir cada día de la semana. Sonia empezó ir un día con Manel, otro día con su madre, otro día con una amiga... y comenzó a atravesar un proceso de humildad que le serviría para comprender que hay momentos en la vida en los que se necesita pedir ayuda.

Y la cosa mejoró. Los controles fueron saliendo bien, el tumor desapareció, y el único rastro que queda de él es la medicación diaria — hormonoterapia — que ha de tomarse para controlar posibles reapariciones.

— El cáncer de mama es muy puta. No te dice ni pío, es silencioso... Me ha ayudado mucho a comprender las cosas... Pero es totalmente innecesario pasarlo. La gente me dice que puedo entender mejor a los pacientes. No, perdona, ya los entendía antes.

Se siente más vulnerable, con miedo a que ese cáncer pueda reaparecer de nuevo y enturbie una vida que va pareciendo coger forma. El cáncer ha ralentizado su vida. La ha frenado ligeramente y se toma las cosas con más tranquilidad. Reconoce que escucha los discursos de los pacientes de otro modo. Los escucha desde la naturalidad. Puede empatizar con ellos mucho mejor. Recientemente, un médico le dijo a Sonia que debía de ir a visitar a un paciente que estaba en un proceso de negación con la enfermedad de su mujer. Sonia lo entiende. Entiende que esa esperanza, esa negación, es lo que permite a ese padre de familia — que tiene a su mujer casi muerta en una uci y hasta el culo de medicinas — llevar a sus hijos con los abuelos, coger el coche y venir conduciendo desde Blanes a Badalona para ir a ver a su mujer, conectada a la vida con una máquina, y ponerle la música clásica que le gusta ella: Mozart.

Esa negación le está ayudando a esa persona a seguir aquí, al pie del cañón... y no volverse loco. “Ya le haremos aterrizar cuando haya que desconectar a la mujer”, dice Sonia.

Reconoce sentirse muy cambiada en ese aspecto. Es mucho más prudente, mucho más consciente de las situaciones límites que atraviesan sus pacientes. Y su visión de lo que habrá detrás de todo esto, del final del túnel, también ha cambiado. Durante muchos años, Sonia pensó que no había nada más. A medida que va sufriendo palos, que va envejeciendo, cree que todo el amor que le conecta con su entorno no puede expirar aunque sí lo haga su cuerpo. Dice que en la vida tiene que haber trascendencia. Lo dice sosegadamente, con calma, con la tranquilidad que le aportó el budismo tibetano que practica desde años y de quién también comparte su visión

cíclica de las cosas. Cree que cuando muera se va a encontrar, en otro ciclo, a las personas que ha amado y que han muerto antes que ella. Las personas que viven la muerte de cerca, dice, aprenden a saborear mejor las cosas: a no pedir más y necesitar lo justo para vivir. Y por eso ahora disfruta más cada noche que pasa sentada en el sofá de su casa junto a Manel. Y de Marcela, que con once años ya, se acerca a ellos, y Sonia le pregunta:

— ¿ Es el sol lo que está ahí fuera, Marcela?

La niña les da un beso de buenas noches antes de irse a la cama y responde:

— No mamá, es la luna lo que está ahí fuera.

## **Antonio Navarro: muerte ajena y muerte propia**

Antonio y Catia pasean por un pequeño pueblo de México, en uno de Noviembre. El pueblo está solamente iluminado por las velas y las calaveras inundan las entradas de las casas de los habitantes.

Al día siguiente Antonio va a ver a sus amigos, con los cuales, desde que la tecnología se lo permite, sólo ha podido comunicarse con ellos por Skype.

Hablan de trabajo, sobretodo, de cómo está últimamente, de sus planes y de su nueva forma de ver la vida. Antonio disfruta muchísimo cada vez que ve otras técnicas de trabajo, otras metodologías. Suspira junto a sus compañeros por una cooperativa o asociación que funcione de forma transatlántica. Sueñan con un futuro mejor en el mundillo. Sueña con ayudar, a su manera, con lo que sabe hacer.

Su mujer, extremeña de nacimiento, agradeció en un momento de su vida quedarse en paro. “A veces la vida parece que te pone una desgracia, y tiempo después te das cuenta de que en realidad es todo lo contrario. Las cosas siempre pasan por algo”. Cuando un día le dijeron que le cesaban de su empleo en la pescadería del Eroski, el mundo se le caía encima. Meses después ese mismo empleo podría haber sido un obstáculo para cuidar una de las cosas más importantes de su vida.

— Para cuidar a Antonio — dice sonriéndole.

Antonio estaba con su mujer esperando en la cafetería de la estación de Renfe. Antonio es un hombre de modales, de gusto refinado por la política. Del descalabrado PSC. En una política en la que aún confía, pero menos. Lo dejará en la siguiente legislatura.

Nacido el 26 de mayo de 1961 e hijo de una familia humilde y trabajadora de Terrasa. Campeón de halterofilia de su pueblo cuando tenía 16 años. En 1984 se casó con Cati, su mujer, y en 1995 decidió irse a vivir a Viladecavalls, donde afloraría su pasión por la naturaleza y la huerta que tiene en el jardín trasero de su casa.

O eso al menos es lo que ponía en su presentación para la alcaldía de su pueblo.

Cuando llego a la estación de Terrasa veo a Antonio. Un hombre grande, con la cara redonda e inflada, la cabeza afeitada, los labios gruesos y la nariz chata. Tiene cara de buen tipo. Un tipo al que le dejarías el cuidado de tus plantas durante las vacaciones. Nos saludamos y llamamos a la camarera. Antonio se pide un croissant con una Coca-Cola a las 9 de la mañana. Su mujer un té. Yo saco el portátil y en lo que tarda en encenderse Antonio ya tiene uno de los cuernos del croissant metido en la boca, listo para comenzar a relatar su historia.

Él nunca había sentido vocación por su trabajo. Fue su padre el que lo metió. Él de entonces estaba en el paro y con ganas de contraer matrimonio con la que había sido su vecina. En un principio se lo tomaba como un trabajo más, pero poco a poco se fue implicando, convirtiéndose en uno de los mejores profesionales de España. Cree que pese a lo que se dedica, no tiene menos sensibilidad hacia la muerte que los demás. Una experiencia personal, cara a cara con ella, le hizo ver que todo lo que había visto o sentido antes en su profesión no le había servido prácticamente para nada.

Cuando lleva comido la mitad de su croissant –con cuchillo y tenedor, eso sí - nos mira, primero a su mujer y luego a mí, y pregunta si queríamos un trozo mientras ofrece el plato. Ambos respondemos que no.

— Bueno, pues como te iba diciendo — dice mientras vuelve a incorporarse el plato- Esto es como... no sé... como cuando ves por la tele accidentes de tráfico, y luego a ti... pues un día te hacen un rayón en el coche, y gritas ‘cabroneeees’, ¿por qué me ha pasado esto a mí?’. Parece que no hay nada en el mundo aparte que tu rayón en el coche... ¿Entiendes?

— No sé muy bien a donde quieres llegar Antonio... — replico

— Ja, ja, ja. Sí hombre, me refiero a que todos los días estamos viendo muertos en accidentes de tráfico por la tele. Y nunca nos convencemos de que eso también nos puede pasar a nosotros, y luego nos preocupamos por nimiedades. Las cosas siempre le pasan a los demás. Ahí también es cuando aprendes que las cosas siempre afectan de forma relativa.

Un día Antonio notó que su cuerpo empezaba a hincharse. Pasó otro día y estaba aún más hinchado, pasó otro día y Antonio se desmayó yendo al trabajo. El tumor era maligno y agresivo. Le estaba provocando un colapso en las venas porque estaban llenas de coágulos. Los doctores pusieron mala cara cuando vieron las pruebas... y decidieron ingresarle.

Ahora a Antonio se le ve bien, lleva 31 años en su trabajo y está como loco por volver. Esta última ha sido la segunda vez que recayó de su cáncer. Esta vez ha sido diferente, comenta. Dice que la vio más cerca, la muerte.

— Cuando empiezas a hablar de cómo quieres que sea tu propio entierro... o cuando firmas el testamento... ahí la cosa pinta fea.



Dice que su trabajo no sirve de nada a la hora de afrontar la muerte, pero lo cierto es que habla con bastante naturalidad de ella. También lo hablaba con su hijo y con su mujer. Según Antonio no tenía ningún problema en hablar del cáncer, o de la misma muerte con ellos, algo que no puede decir el 70 % de personas que están en su misma situación. La evitación de la muerte puede llegar incluso cuando está rozando la mejilla. Existe lo que en psicooncología se denomina “el pacto de silencio”, un miedo inevitable por un futuro impredecible que niega a estos pacientes a poder hablar de la muerte, que en una enfermedad así, se convierte inevitablemente en una de sus máximas preocupaciones.

Entonces Catia coge la mano de Antonio. Y a Antonio se le vienen a la cabeza todas aquellas personas que creen que por su trabajo él tiene una especie de caparazón armado contra la muerte. Pero fue él, y Catia, ambos, los que pasaron por el miedo, por la incertidumbre, por la paciencia, por las vértebras entumecidas de dormir en un sillón del hospital con un ojo abierto —esto Catia—, por las pruebas, por las muecas del médico cuando los resultados eran negativos, por el tratamiento, por la caída de pelo, por los días en lo que era imposible levantarse de la cama, por las lágrimas, por la muerte... que jamás sabemos cuando llega, pero llega. Entonces le queda el convencimiento de que esas personas que hablan del caparazón no tienen ni puñetera idea de lo que están diciendo.

Los difuntos con los que trabaja no los conoce, no sabe nada de sus vidas, por lo tanto, su muerte, no es la muerte de un individuo. Es la muerte de alguien, carente de identidad, donde no se recuerda un pasado ni se le imagina un futuro sin él. Por lo tanto no duele, el enfrentamiento de la muerte es ajeno.

Es sorprendente que esto pueda pasar también con gente más cercana. Trabajó con su abuelo. También lo hizo con la novia de su hijo, fallecida a los 20 años en un accidente de tráfico y cayéndosele las lágrimas mientras lo hacía. A veces es difícil compatibilizar un negocio —el de la muerte— que mueve unos 1.200 millones de euros en España y al que Antonio contribuye en una pequeña parte, con las emociones. Cuando lo intentó con su padre, Antonio se derrumbó, salió de la sala, cogió un compañero, le dio los instrumentos y le dijo:

- Toma, yo no puedo, maquíllale tú

## NEGOCIANDO CON LA MUERTE

### Vistiendo a la muerte con John Lenon

Cuando llegué sonaba “Lucy”, de los Rolling Stone en la radio. Dos personas de aproximadamente la misma edad – una mujer y un hombre de unos 80 años- yacían en las dos camillas; colocadas paralelamente en la sala y completamente desnudos. La sala tenía tres amplios ventanales por donde entraba una gran cantidad de luz. Las dos personas llevaban 24 horas muertas. Diego preparaba al hombre y Carlos preparaba a la mujer. Era la sala de tanatopraxia.

La señora ya estaba con los ojos y la boca cerrada. Diego estaba aún limpiando el cadáver del hombre, de arriba abajo, con un difusor y un trapo blanco.

Antonio Navarro, tanatopractor y coordinador del tanatorio y que en ese momento me acompañaba, observó:

— Parece que está muy rígido, ¿no?

— No, que va, no creas. Mira. — entonces diego apoyó la mano sobre la enorme barriga del anciano y la movió de un lado hacia otro, dejando en evidencia la flacidez y relajación de los músculos. Parecían ambos muñecos de latex, de los que se utilizan en las películas.

El difunto al que estaba preparando tenía una pulsera del hospital. Su primera apariencia cuando llegué a la sala fue la de los ojos y la boca muy abierta, ligeramente inclinada hacia la izquierda.

— A algunos se les queda el sufrimiento de su muerte en el rostro. Mira, este viene del hospital— dijo Antonio señalando la pulsera hospitalaria del difunto— Se le nota que ha sufrido. Y esto es algo que tenemos que solucionar. Por eso le cerramos la boca y los ojos; la boca con un hilo y los ojos con un algodón.

\*\*\*

Cuando entré en el tanatorio de Terrasa, Antonio Navarro, que actualmente se dedica a coordinar toda la sección operativa del tanatorio, me recibió con una sonrisa y me invitó a pasar con él a las instalaciones. Lo seguí hasta la primera puerta, que tenía una huella dactilar como forma de apertura. Pasó el dedo y sonó el timbre que daba

acceso al interior. Llegamos a una oficina que es donde actualmente pasa la mayor del tiempo.

— Como ves ahí tengo una televisión — dijo señalando a mi espalda— con las cámaras que hay instaladas en todo el tanatorio, puedo ir vigilando las salidas — así es como se llama la salida del tanatorio al cementerio—. Desde aquí voy gestionando todo lo que viene a ser los difuntos que entran, las horas a las que entran, el tiempo que se pasan en el velatorio, la floristería, todo....

Actualmente son 10 personas trabajando más dos coordinadores. Se trabaja de 8 de la mañana a 8 de la tarde. Hay cinco personas en cada turno más un coordinador.

— Yo me llevo la peor parte, acabo estando aquí metido todo el día.

Mientras hablamos aparece su hijo Carlos.

— Hombre Carlos. Mira, este es Santiago.

Tras un momento de incertidumbre, Carlos decide entrar a la oficina y chocar la mano. Tras chocarla, se vuelve a la puerta y se queda ahí pasmado, tímido, mientras Antonio y yo seguimos hablando.

— Bueno, ¿Quieres dar una vuelta por el tanatorio?

— Sí, claro. — Respondí.

\*\*\*

— Uf. Estoy sudando a chorro. Deberías de ver como tengo la espalda — dijo mientras pasaba su antebrazo por la frente.

— ¿Sí? — dije

— Sí. He estado toda la noche enfermo. Con gripe. Y apenas he podido pegar ojo. Ahora creo que vuelvo a tener un poco de fiebre. Me suda todo — dijo Diego mientras introducía algodón en el ojo derecho— Los antibióticos no me están haciendo nada — dijo mientras negaba con la cabeza — Y claro, no puedo faltar. Es Semana Santa. ¿A quién llaman?. Si falto, mis compañeros tienen el doble de trabajo...

— Entiendo...

— En fin... ¡Ah, mira!! Ahora le pongo algodón entre el ojo y la pestaña. Porque si no se abre. Y claro, no es agradable que mientras la familia vela a su difunto en el velatorio que se le abran los ojos, ¿no?. Además, la cara parece mucho más relajada. Cuando terminó de poner el algodón en ambos ojos, Antonio dijo:

— Muéstrale como se cierra la boca. Estas técnicas antes eran muy rudimentarias. La profesión ha evolucionado muchísimo.

\*\*\*

Cuando salimos de la oficina accedimos a otra puerta. A mano izquierda había un corcho pegado con varias fotos. En una de ellas aparecen varias personas cenando. En la cena aparece Antonio, con unos cuantos años de menos y con bastante pelo de más.

— Mira, esto fue hace la tira de años. Muchos de los que estaban en esta cena trabajaban aquí. Ya han fallecido casi todos. — dice cariacontecido.

La primera sala que muestra es donde se encuentran los ataúdes. Es como un enorme garaje, con tres filas enormes llenas de ellos, envuelto cada uno con plásticos de burbujas.

— Son los que aparecen en el catálogo, y en caso de que la familia quiera verlos, la traemos aquí, y se los enseñamos.

— ¿Y esos ataúdes metálicos que están más arriba?

— Esos son por si se tienen que transportar en distancias largas. Si es la repatriación de un cadáver la ley obliga a que sea ese tipo los que se utilicen, para prevenir infecciones y epidemias.

\*\*\*

— Mira. Tienes que pasar la aguja por debajo de la lengua. Justo por debajo del mentón. Entonces luego tienes que procurar que el hilo pase por delante del hueso maxilar inferior y salga por delante de los dientes.

Diego estaba a un palmo de la boca del difunto, con la cara totalmente destapada y sudando por la frente.

— Entonces tienes que intentar que llegue hasta el labio superior, para pasarlo luego a la nariz. Tienes que atravesar la fosa nasal para llegar al otro agujero. Y entonces el proceso ahora es inverso — Entonces se volvió a secar la frente con el antebrazo— Uf, que gripazo.

Cuando consiguió introducir el hilo en el otro agujero nasal prosiguió.

— La aguja vuelve a salir entre el labio superior y la encía de modo que al final te quedan los dos extremos del hilo a cada lado de la boca. No puedes tirar demasiado de los dos hilos, porque sino la boca se cierra demasiado y no queda natural.

\*\*\*

Salimos del garaje con las cajas y entramos por la parte trasera de un velatorio. Pese a que se trate de un tanatorio municipal, los detalles están mucho mejor cuidados que en otros tanatorios privados, como puede ser el de Santa Coloma o el de Les Corts, en Barcelona. Sólo las salas vips de algunos tanatorios privados — por ejemplo en Sant Gervasi — pueden asemejarse algo de los de Terrasa, donde hay tres sofás, baños propios, agua y pañuelos. Además, ofrecen también un servicio de terapia psicológica en el duelo, para aquellas personas que no tienen los recursos propios suficientes “para enfrentarse de modo adaptativo a un proceso de pérdida”.

— Como ves, intentamos dar todo tipo de comodidades. Este tanatorio tiene más beneficios que pérdidas, y como no hay ánimo de lucro, todo se acaba reinvertiendo en el mismo. Intentamos dar el mejor servicio al ciudadano en un momento tan delicado. A veces resulta difícil crear una buena armonía entre las familias que asisten a los velatorios.

— Ahora mismo, en una sala de velatorio hay una familia de gitanos. No es que sea racista, pero dejan todo hecho un desastre. No tienen puntería. Ni para tirar los desperdicios en el cubo de la basura ni para orinar. Tienes que estar pendiente de todo esto.

Antonio encoge los hombros y la cara demostrando cierto conformismo. Tiene que estar mucho más preocupado del servicio de limpieza y para que la familia de gitanos no moleste demasiado a los otros clientes.

\*\*\*

— Ahora ciérrala — dijo Antonio.

Entonces Diego tiró de ambos hilos y la boca se cerró. Probó un par de veces, abriendo y cerrando la boca para mostrarme detenidamente el método, como una Doña Rogelia de metro 80 de estatura y unos 120 kilos de peso.

Al otro lado, Carlos, ya estaba vistiéndola a la difunta. Estaba especialmente concentrado. Comenzó a vestirla con un vestido rojo. Estaba mucho más pálida que el otro hombre, que a juzgar por sus manchas morenas en la cara, uno podría casi asegurar que se trataba de un payés o de una persona que trabajaba en el campo.

— Está así de pálida porque toda la sangre va hacia abajo. ¿Ves?— Entonces Carlos mostró la espalda de la mujer, que estaba totalmente entumecida de la sangre que se iba acumulando en ella.

— La ley de la gravedad....— dijo

Empezó a enfundar a la mujer con un vestido rojo aparentemente nuevo. Hay gente que compra ropa para vestir de gala a sus difuntos. Antonio se acercó y dijo.

— Aunque la gente diga lo contrario. Los muertos hablan. Nos dicen cosas. Y nosotros necesitamos saber esas cosas para saber como maquillarles. Para que la familia les reconozca. Mira esto, por ejemplo — coge la mano de la señora y con el dedo pulgar señala una uña— tiene las uñas pintadas. Además de un color rojo intenso. Fíjate en el pelo. No lo tiene descuidado. Eso nos dice que ella en vida se arreglaba. Entonces quizás le pongamos un poco de maquillaje de más. Además, lleva un vestido rojo, eso quiere decir que seguramente llevase siempre los labios pintados de rojo. A veces nos equivocamos, pero estos detalles son la única herramienta que tenemos para saber que apariencia tenía en vida.

Entonces Carlos comenzó a aplicarle una crema. Esa crema sirve para hidratarles la piel, algo que favorecerá el maquillaje posterior.

— La piel suele estar muy seca. Es verdad que las células de la piel están muertas, por lo que tampoco puede absorber mucho la crema, pero ayuda. Hay veces que está tan seca que como te pases un poco estirándola se puede agrietar, y luego eso es difícil de disimular...

\*\*\*

Cuando acabó de vestir a la difunta le mojó el pelo y empezó a peinarla. Cogió el secador y empezó a darle forma, procurando dar volumen al cabello y peinándolo ligeramente de lado. Entonces le comenzó a maquillar. Los tanatopractores suelen utilizar los mismos maquillajes que se utilizan para la caracterización. Cogió una pintura color carne y empezó a aplicársela en la cara.

— Utiliza este mejor — dijo Antonio

Comenzó a aplicarle el potingue en la cara con un trozo de algodón. Mientras lo hacía Carlos me preguntó.

— ¿Te ha impresionado ver un muerto?

— Lo cierto es que no mucho, no parecen personas...

— Ya... Yo el primer cadáver que vi aquí fue justamente el de mi bisabuelo. Parecía un muñeco de cera. Pero lo que más me impresionó fue al tocarlo. Estaba muy frío. Pero es normal. Antes de prepararlos están metidos en cámaras frigoríficas. Es como cuando sacas un pollo de la nevera. Está igual de frío.

Cuando terminó de maquillar a la difunta, realmente parecía lo que hace 24 horas había dejado de ser, una persona, durmiendo, plácida . Es mucho más chocante ver un muerto con apariencia de vivo que de muerto.

— Lo que pretendemos es que parezca igual a cuando estaba viva— decía Antonio.

Cuando la familia agradece al tanatopractor que hubiera dejado a su familiar tal y como lo tenía en el recuerdo es que entonces “el trabajo está bien hecho”. El disfraz funciona. La evitación de la muerte está en cualquier rincón del proceso de morir.

— Es un trabajo que hacemos con mucha profesionalidad y cariño. Creemos que para esto no es que tengas que estar hecho de otro pasta. Lo importante es tener sensibilidad. Aquí no trabajamos con muertos. ¡A mí me aterran los muertos! No puedo ver ni una película de terror. Pienso que estoy trabajando con personas, y así es como las trato. También queremos que aquellos que despiden a su difunto puedan afrontar mejor el duelo, teniendo un buen último recuerdo de él cuando se van a casa a afrontar la pérdida. Realmente amo mi profesión.

Entonces Antonio salió de la sala y llegó en un minuto con el ataúd. Debajo del difunto había una tela resistente, colocada perpendicularmente sobre la camilla. Colocaron el ataúd al lado de ella. Cada uno agarró la tela que sobresalía por ambos lados y levantaron al difunto para introducirlo en la caja. Cayó a plomo, con los brazos y las piernas totalmente descoyuntados. Le estiraron las piernas y le cruzaron los brazos, de modo que una mano quedaba encima de la otra. Ahora sí, descansaba en paz. Limpiaron la camilla vacía con un material desinfectante, abrieron la nevera y la introdujeron en el frigorífico a un palmo de distancia de otro difunto que estaba esperando a ser preparado.

Llevaron el ataúd hasta la trampilla del velatorio que estaba justo enfrente de la sala de tanatopraxia y la introdujeron. Antonio se acercó a la chica que se encarga del protocolo — la que acompaña a la familia en todo momento— y le dijo:

— Ya puede ir pasando la familia.

\*\*\*

Salimos del tanatorio y accedimos a un pasillo estrecho. Por aquí es donde están las trampillas por donde acceden los difuntos al velatorio. Tienen todo automatizado para prevenir riesgos laborales. Antiguamente, en este tipo de oficios, “la gente a los 50 estaba hecha polvo”. Levantar continuamente el peso de los cadáveres producía grandes problemas de espalda, por lo que poco a poco los tanatorios se han ido acondicionando para que el trabajador tenga que levantar el mínimo peso posible. Seguimos recorriendo el pasillo y acabamos delante de unas cortinas con tiras de

plástico duro, parecidas a las de una pescadería. En algún sitio sonaba “Lucy” de los Rolling Stone. El olor era parecido al de un geriátrico. José apartó la cortina con su mano izquierda, giro la cabeza y dijo:

— Esta es la sala de tanatopraxia. ¿Te da miedo ver muertos?



## **Institucionalización del negocio**

Que la vida iba en serio  
uno lo empieza a comprender más tarde  
-como todos los jóvenes, yo vine  
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería  
y marcharme entre aplausos  
-envejecer, morir, eran tan sólo  
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo  
y la verdad desagradable asoma:  
envejecer, morir,  
es el único argumento de la obra.

No volveré a ser joven  
Jesús Gil de Biedma

El negocio de la muerte funciona incluso antes de morir. Desde que uno comienza con los primeros síntomas del envejecimiento la rueda se pone en marcha. La primera institución que negocia con la muerte lo hace en el preámbulo de la misma. Hay multitud de autores que diferencian la muerte física de la muerte social. Cuando un individuo deja de ser productivo se aparta inmediatamente de la esfera pública para ser relegado y aislado a instituciones donde puedan esperar, ahora sí, su muerte física. Norbert Elias, en su trabajo “La soledad del moribundo” señala que cada vez más se toca con menos frecuencia en la literatura científica la experiencia de envejecer provocando una incompreensión y falta de empatía con los cuerpos lentos, cansados y torpes, embutidos en una sociedad postindustrial donde el hombre esta individualizado, es independiente de los demás, y tiene sentido por sí solo. Es una tendencia social que además en España se ve acentuada, ya que se caracteriza por tener una población muy envejecida. De hecho, según la ONU, somos el país con la población más vieja en todo el mundo -junto a Japón y Eslovenia- con un 34,5% de habitantes que superan los 65 años. Esto supone que una gran parte de la sociedad es automáticamente marginada ya que no son compatibles con el acelerado ritmo que exigen las sociedades modernas. Esto provoca que se acaben ocultando

inconscientemente los síntomas del envejecimiento, del deterioro, facilitando a su vez un tupido velo con todo aquello que está relacionado con la muerte. Cada vez hay más viejos, y cada vez más estos viajes mueren en instituciones como geriátricos u hospitales, en soledad, intubados, rodeados de personal en bata blanca y no de su familia, en el hogar, como si se hacían en las sociedades preindustriales. Marcelino Cereijo, Doctor en Fisiología y divulgador científico dice que el proceso de medicalización de la muerte implica una alienación total de la persona moribunda, que vive de forma pasiva la última fase de su existencia vital insertado en las rutinas de las instituciones hospitalarias. Así, la muerte, padecida en muchos casos en la ignorancia y la pasividad, se convierte en un absurdo, “en una falla sin justificación” que provoca un temor casi inmanejable ahora que ya no se cree en la existencia del mal (que le daría sentido) ni en la sobrevivencia del alma (que la anularía). Esto, sumado a la ‘creencia divina en la medicina y la ciencia permite que la afrontación sea aún peor. Louis Vincent-Thomas, antropólogo especializado en la cultura de la muerte creía que en las sociedades modernas no se vive la muerte como una salida esperada que se prepara cuando se la ‘siente próxima’, sino que es una ruptura de la vida privada en la que no se quiere pensar y que se espera remitir indefinidamente por la magia de la ciencia y, en todo caso, que cuando llegue se desea que lo haga de forma súbita, inconsciente y discreta.

A todo hay que sumarle el brutal incremento de la esperanza de vida –se ha duplicado en cuatro generaciones según el INE- ocasionado por el vertiginoso aumento de la medicalización en las sociedades modernas, lo que hace más difícil aún una verdadera consciencia del envejecimiento y, por consiguiente, de la muerte.

El negocio es como una fábrica con integración vertical, masiva, y serial, donde se controlan todos los procesos de la fase productiva, en este caso, desde la vida, pasando por la enfermedad y la vejez, hasta la muerte.

Y así es como continúa el negocio una vez la persona ha fallecido, o bueno, las 390.000 —la tendencia va en aumento— que lo hicieron en 2014 y que dejaron un beneficio de unos 1.200 millones de euros, no sólo al sector funerario, sino también de 753 millones de euros al sector de seguros, que utiliza el viejo eufemismo ‘deceso’ para paliar la angustia que produce la muerte a 20 millones de personas que poseen una póliza de este tipo en España. La Asociación Empresarial del Seguro (Unespa), que es quien recaba todos estos datos, también indica que en el último año el seguro se hizo cargo del sepelio de 231.280 fallecidos en España, lo que supone el 57% del total. A todo esto habría que añadirle las empresas que se encargan de diseñar las

lápidas, las floristerías, las fábricas que producen ataúdes, etc... que acaba granjeándole al ciudadano un coste medio de 3.500 euros por funeral, que será más o menos caro dependiendo de la comunidad y de si el servicio funerario es público o privado.

En definitiva, existe un negocio multimillonario a través de la muerte —y en parte gracias a su evitación— donde la palma se la lleva claramente las funerarias.

## Mercadería en la funeraria

La tanatopraxia es solamente un tentáculo de la inmensa variedad de productos y ‘merchandising’ que existe alrededor de la muerte. Al igual que no se puede escapar de ella, tampoco se puede del lucrativo negocio que se cuece a su alrededor. Cuando una persona fallece tiene que pasar obligatoriamente por el tanatorio, aunque sólo sea por el ataúd. La evitación de la muerte ha permitido que ese tramo final sea cada vez menos privado y familiar para pasar a un ámbito que se profesionaliza. Ocurre lo que el sociólogo Ricardo Jiménez, en su tesis *La (de)negación de la muerte en España*, llama la ‘institucionalización de la muerte’. Todo aquello que no puede producir o consumir se aparta de la vida social mediante instituciones que aprovechan esa evitación para crear su particular negocio.

En este negocio la existencia o no de recursos crea además desigualdad en algo aparentemente tan democrático e igualitario como la muerte, un hecho que Diego vive de primera mano. Bajo los sutiles vestigios que aún quedan en su acento, se esconde la historia de alguien que empieza en Argentina y, en un determinado capítulo de su vida, cruza el Atlántico para acabar trabajando en la brigada del cementerio de Montjuïc. Es un hombre tan aparentemente frágil que parece que una palmadita en la espalda pudiera romperle cuatro vértebras de la columna. Cuando habla sólo mueve los labios lo estrictamente necesario para articular sus palabras.

— Yo a ver... si tuviera que trabajar en el tanatorio... con los muertos ahí, la familia... *Ufffff*. Yo aquí al final lo que hago es meter cajas en un agujero.

Antes de ser enterrador estudió diseño, un trabajo —dice— un poco inestable. Tras unos años deambulando por ese mercado laboral, un amigo le ofreció la posibilidad de trabajar de enterrador, y pensó que “bueno es algo fijo, y siempre va a haber trabajo”. Diego tiene treinta y tres años y ya lleva ocho en el oficio. Hace poco le destinaron a diseñar las inscripciones de las lápidas. “Ahora trabajo un poco más de lo mío”, dice. Pero la mayoría de tiempo en Montjuïc se lo ha pasado enterrando difuntos —“metiendo cajas”— en nichos, tumbas o panteones, y reconoce que en esto de morir también hay un gran negocio que revela las diferencias sociodemográficas.

— Sólo por la vestimenta, los coches que llevan... ya ves la diferencia.

Porque no es lo mismo trabajar en un nicho del sexto piso que en un panteón del siglo XVIII. El precio de un panteón —tumbas, u otras sepulturas “de lujo”— puede

ascender a lo que cada familia esté dispuesta a pagar bajo la infinitud de posibilidades que el menú ofrece. Pero lo más habitual son los entierros en nichos, cuyas concesiones pueden ser a quince, treinta, o cincuenta años; y cuyos precios —de 800 a 1.500 euros, aproximadamente— varían en función de la altura. Con la crisis ha aparecido el alquiler, un método de pago en auge que consiste en fraccionar el pago de estas concesiones en pequeñas cuotas de dos años.

Diego alguna vez ha acudido a uno de esos entierros donde se hace un verdadero espectáculo sobre la muerte. Alguna mañana —pocas— ha tenido que vestirse con unas botas negras más altas de lo normal, con una gabardina y una camisa blanca acompañada de un pañuelo. En ese tipo de días Diego acompaña un carruaje transportado por caballos. Dentro va el ataúd de alguien cuya familia ha pagado cuatro mil euros de más para que su difunto recorra el cementerio a lo grande. El servicio cuenta con un chófer, tres enterradores, cuatro palafreneros, un maestro de ceremonia y tres músicos. Todos van vestidos con la típica vestimenta del siglo XIX, formando una gran escenografía, y la muerte parece dejar de ser un ciclo vital de la vida para convertirse en un show.

Las funerarias también han aprovechado el filón de lo ‘ecológico’. Existe ahora un servicio en distintas funerarias de Barcelona que consiste en llevar el difunto por el cementerio con un coche eléctrico. El coche utiliza energía renovable y además varía un poco la forma de acompañar difunto a nicho, tumba o panteón. El coche no pasa de los cinco km/h aproximadamente y todos los familiares van al lado de él, acompañándole del tanatorio al cementerio. Algunas funerarias están ya incluyendo este servicio dando su primer paso a los funerales ecológicos.

En definitiva, entierros que pueden ir desde la beneficencia hasta los miles y miles de euros, que varían en función de los cientos de servicios distintos que ofrece el tanatorio: *tanatopraxia*, ramos de flores, salas de velatorio, catering, servicio de desayuno y de prensa, *tanatoestética*, montaje y proyección audiovisual, coches fúnebres de lujo, *vestición* del difunto, conservación temporal, embalsamamiento, acompañamiento del duelo, extracción de muestra biológica, esquelas, servicios musicales, túmulo de exposición pública, suministro de traje, joyas, rosarios, poemas, libros de condolencias...

## Mercadería en el cementerio

*TRASPASO NICHOS EN MONTJUÏC A PERPETUIDAD. EXCELENTE SITUACIÓN. ACCESIBILIDAD PERFECTA, A PIE DE CALLE, PARADA DE AUTOBÚS, SOLEADO, CON VISTAS AL MAR, NO HACE FALTA ESCALERA, ES SUFICIENTE CON UN TABURETE CASERO*

[www.segundamano.es](http://www.segundamano.es)

Este anuncio muestra cómo, a veces, se busca un nuevo domicilio y no un pequeño rincón para la eternidad: una prolongación de la vida más que un lugar para la muerte. Por eso se espera que el mar apacigüe, que el sol caliente la tumba cada mañana y que se utilice un taburete casero y no una escalera para poner flores de plástico. La muerte se niega, si no se niega se evita y, tanto si se niega como si se evita, siempre, con ella, se negocia. Así lo explica el sociólogo Jean Ziegler en *Los vivos y la muerte* cuando examina las consecuencias sobre las relaciones con la muerte: “El cuerpo humano, vivo o muerto, se convierte en una mercancía integrada en el circuito de lo que se puede producir o consumir y, fuera de ese circuito, la sociedad occidental no sabe qué hacer con sus muertos”.

La venta de nichos de segunda mano es otro de los negocios que surge de la comercialización de la muerte. Es alternativo e ilegal; así lo aseguran desde Cementiris de Barcelona. Sólo los ayuntamientos pueden proporcionar un nicho, una tumba, o cualquier otra sepultura; a cesión o alquiler. Después de unas cuantas llamadas a este tipo de anuncios se comprende que la razón de la venta de nichos viene dada por dos motivos: el primero es que los nichos son de herencia; y el segundo, la tendencia en auge que está experimentando la incineración, una opción que actualmente escoge el 30 % de las familias.

El precio del nicho puede variar de los 700 a los 1.500 euros, dependiendo del nivel en el que se encuentre. Los de la planta baja son más caros, debido a la facilidad que tienen los familiares para poder visitar y poder dejar flores en el nicho.

...EXCELENTE UBICACIÓN, SOLEADO, VISTAS AL MAR...

El cementerio de Montjuïc es enorme. Las vistas de los nichos que hay en lo alto de la colina dependen de su orientación. Si ves Barcelona no ves el mar, y viceversa. Si ves el mar, no ves Barcelona. Y si ves el mar lo verás obstaculizado por las más de

trescientas empresas distribuidas a lo largo de las seiscientas hectáreas que conforman la Zona Franca. La actividad fabril oculta el mar y lo que ves es un gran polígono industrial operando. Y las gaviotas se aposentan en las cruces de las tumbas, mirando también el mar. Y los que tienen más dinero, pueden poner esculturas de Jesucristo en vez de cruces, pero las gaviotas no entienden de creencias ni de clases y también se posan sobre ellos y se cagan sobre ellos. Y la Zona Franca, junto con los excrementos recorriendo la cara de Cristo, acaban convenciendo de que no existe el paraíso que venden en los anuncios, que hasta una vez muertos, pretenden crearnos necesidad.

Es paradójico, que en esto de la muerte, la más demócrata de los dictadores, exista también desigualdades en función de la renta, y también en función del sitio donde se vive, donde se construyen los cementerios a imagen y semejanza de los barrios donde se habita.

En Can Zam. El trayecto lo marca una estrecha acera desprovista de gente pero llena de la basura que las multitudes que se aglutinan en el barrio de Singuerlín han ido dejando a su paso. A la derecha, se ven monstruos de cemento pintados de un verde ya sucio y gastado, en cuyas fachadas se balancea ropa mojada, sujeta con pinzas de colores. A la izquierda, te acompaña constantemente la fábrica de Cacaolat y el cableado inmenso de una central eléctrica. Durante los diez minutos que dura la caminata el cementerio, el único ruido que se oye es el de los coches que circulan sin cesar por anchas carreteras que se disipan a lo lejos.

El sitio está abarrotado de nichos. Eso sí, colocados en un orden escrupuloso. Pilas de nichos de hasta seis pisos constituyen los márgenes que delimitan las callejuelas de ese barrio más. Porque sí, morir en Santa Coloma es como vivir en ella: las mismas estructuras funcionales, el mismo aspecto industrial, el mismo olor a humo y motor que la mala hierba —el único verde que crece ahí adentro por si solo— no es capaz de disfrazar. Lópezes, Vázquezes, Jiménezes, Idalgos... yacen debajo de las placas solares adosadas en el alto de los bloques y que generan una pequeña parte de la energía que consumen sus vecinos.

En esta tarde no hay viento que mueva una hoja de los cuatro árboles que aguantan quietos en su círculo de tierra, rodeado de cemento desgastado y agrietado por el que se asoma una mugre ya imposible de quitar. Enterrar un nicho ahí, en Santa Coloma, una de las cinco zonas con renta familiar más baja de Barcelona; cuesta lo mismo que

hacerlo en Sarrià, que se sitúa en el *top 5* de distritos más ricos de la ciudad. Se cobra la tasa de inhumación, una tarifa fijada por el Ayuntamiento para los nueve cementerios de la ciudad: unos trescientos euros entre preparación del nicho, entierro y gestión de residuos, siempre que se trate de un nicho. La cosa cambia cuando hablamos de tumbas —casi cuatrocientos— o panteones —más de ochocientos—. Pero en Santa Coloma no hay ni tumbas ni panteones.

— ¿Y no hay problemas de espacio en los cementerios? Porque, por ejemplo, nosotros fuimos al de Sant Gervasi y era muy pequeñ...

— ...ay sí... ¡es monísimo el de Sarrià! Es muy mono... justo mañana tengo que ir precisamente... — contesta Marta Aladrén, directora de comunicación de Cementiris de Barcelona, apoyando la cabeza en una mano y volviendo con la otra las gafas rosa a su sitio— A ver, espacio para panteones ya casi que no hay, pero... ¿quien se construye hoy un panteón? Muy poca gente...

La gente que muere en el distrito de Sarrià-Sant Gervasi suele ir a parar cerca de la cima de la montaña del Tibidabo. Las vistas son estupendas. Allí se encuentra el cementerio, rodeado de pisos aparentemente nuevos que, en este caso, lucen plantas y no bragas. Si no fuera por las cruces de piedra y los ángeles con mirada perdida, uno diría que, en lugar de un camposanto, está entrando en un pequeño pueblo amurallado del siglo XII. Muchos panteones, como casas adosadas a pie de calle, tienen una parcelita con plantas en la entrada que te dan la bienvenida. Para la gente que posee panteones, la cuota del mantenimiento depende del sitio que éstos ocupen, pero siempre es más cara que la de las otras sepulturas, las cuales cuestan unos trece euros al año.

Con sólo pisar las aceras que chafan cada día, no resulta difícil radiografiar las gentes que habitan en todas las *barcelonas* de la ciudad. En realidad, el mismo efecto ocurre cuando te dejas caer en esos dos cementerios. El capitalismo industrial detonó un paisaje desigual y, al final, ha acabado reproduciendo el sitio donde se muere a imagen y semejanza del espacio donde se vive.

Todo esto en la misma Barcelona, donde millones de personas que desafían el tiempo y recorren sus calles en busca de significados: viven, evitan y olvidan. Que atraviesan sus vidas creyéndose inmortales y ocultando la incomodidad y el miedo que produce la muerte, intentando escapar inútilmente de sus zarpazos bajo un sistema que les



protege y aísla de esa estéril idea que se asoma en el paso del tiempo y el deterioro de sus cuerpos.

Pero en lo alto de una colina está el cementerio de Montjuïc, a espaldas de la ciudad, recordándole con el aliento en su nuca que Ella nunca olvida.

Ni negocia.